

ENRIQUE PRAT DE LA RIBA

LA NACIONALIDAD CATALANA



TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

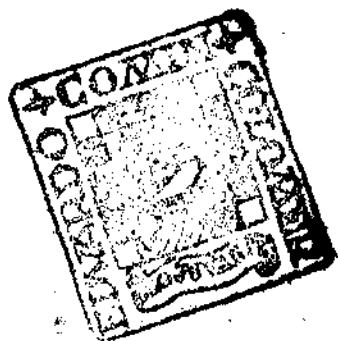
Antonio Royo Villanova

3
92429

LIBRERIA
PUEYO
ARENAL 6
MADRID

A

LA NACIONALIDAD CATALANA



R.667.674

ENRIQUE PRAT DE LA RIBA

3
92420

LA
NACIONALIDAD
CATALANA

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

DE

ANTONIO ROYO VILLANOVA



VALLADOLID
IMPRESA CASTELLANA
MCMXVII

LA NACIONALIDAD CATALANA

PRÓLOGO

- I.—La República de las letras.—El nacionalismo catalán y Prat de la Riba.—La ignorancia del problema.—¿Adversarios ó colaboradores?—La lucha de las ideas.
- II.—La personalidad del autor.—Su influencia en el pensamiento catalán.—Renovador y tradicionalista.—Los discípulos de Durán y Bas.
- III.—Notas biográficas y bibliográficas de Prat de la Riba.
- IV.—El libro de Prat de la Riba.—Problemas que suscita.—Su concepto sobre las transformaciones de los pueblos.
- V.—La reacción anticontralista y el nacionalismo.—La Patria y el Estado.—El artículo 5.º de la Constitución.
- VI.—Nacionalismo y separatismo.—Nacionalismo y federalismo.—Un nuevo federalismo.—La Nación y el Estado.—El Estado y el Gobierno.
- VII.—El imperialismo como última fase del nacionalismo.—La hegemonía de Cataluña.—El pensamiento catalán y la política española.—La solidaridad de Cataluña y España.—La reforma arancelaria.—La ley protectora de las industrias.
- VIII.—La preocupación catalanista.—Tabla onomástica.—Omisión significativa.—Una explicación.—La etapa del aislamiento y la era de la penetración recíproca y la acción mancomunada.—El kilométrico y la ductura.
- IX.—Obligada expresión de gratitud.—Isidro Llorca.—La obra de Prat de la Riba, explicada por uno de sus discípulos predilectos.
- X.—Conclusión.

I

Entre los tópicos caídos en desuso y que tenían, sin embargo, una gran significación y, sobre todo, un inestimable valor cordial, estaba aquel de la *república de las letras*.

Séale permitido al traductor de este libro, invocar ese viejo tropo y ampararse en él para solicitar la benevolencia del público.

Como verá el curioso lector, las ideas de Prat de la Riba, discrepan hondamente de las que profesan los intelectuales españoles que escriben en lengua castellana, pero esa es la razón principal de que se dé á conocer ahora al gran público español el libro este de *La Nacionalidad Catalana*, cuyo autor planteó el problema catalanista en un terreno que no es, ciertamente, el de la descentralización administrativa, ni el del federalismo político, si siquiera el del regionalismo. Se trata pura y simplemente del *nacionalismo*, es decir, de rectificar la idea corriente de que España es una Nación, integrada por varias regiones, cuya fecunda y rica variedad se ha consolidado á través de la historia, en una superior unidad espiritual y en una conciencia colectiva. España no es eso, según Prat de la Riba. No es una Nación sino un Estado, es una expresión geográfica como Europa, una violenta absorción de las varias nacionalidades ibéricas, efectuada por una de ellas, Castilla, que ha logrado, por

la fuerza, hacer sinónimas á Castilla y España. Entre esas nacionalidades ibéricas aherrojadas por Castilla, destaca Cataluña por su vigorosa personalidad, y reclama, primero, el reconocimiento de su nacionalidad y, después, su constitución en un Estado propio, distinto del Estado español.

Tales son las ideas centrales de Prat de la Riba, verdadero maestro de los intelectuales catalanistas, que con rara fidelidad, han expuesto y divulgado esta doctrina. Contra ellos he combatido yo muchas veces logrando en Cataluña una modesta notoriedad, y mereciendo el honor de algunos ataques é impugnaciones. Y cuanto más leía á unos y á otros, más se acrecentaba mi interés por ese gran problema, y más se aumentaba mi sincera estimación hacia los intelectuales que, con la palabra y con la pluma, defienden el catalanismo.

Esa simpatía no ha dejado de tener cierta grata y honrosísima correspondencia, con algunos ilustres catalanistas, que se han dignado ver en mis escritos estímulo y acicate para sus ideas y convicciones; y es que, en las luchas del pensamiento, quien parece al principio un enemigo, resulta, á veces, un colaborador. Cuando se lucha por una posición, por un acta, cuando se combate por un premio ó por una plaza, en una oposición ó en un concurso, estorban todos los aspirantes que exceden en número á las cosas que se han de adjudicar. En todos esos casos, el que más y el que menos suspira por aquel clásico acomodo: para dos perdices dos, traducido en nuestra legislación electoral por el famoso artículo 29.

Pero cuando se trata de combatir por las ideas, el hombre sincero, estima más la lucha y la contradicción, que la soledad y la indiferencia. Es mucho más triste la situación de un orador sin público ó de un escritor sin lectores, que la de un propagandista que lucha contra las opiniones reinantes, aunque sean éstas tan coincidentes y tan numerosas, que se acerquen á la unanimidad. Este fué el caso de Prat de la Riba en Cataluña en los primeros años de su propaganda, y este sigue siendo su caso en relación con el resto de España.

Escribió siempre en catalán, y allí, en su propia tierra, luchó al principio con grandes resistencias, según nos refiere en este libro. El público español que lee y escribe en castellano, no conoce á Prat de la Riba, sino á través de sus panegiristas ó de sus impugnadores. Y se da el caso muchas veces, de que se le combata antes de conocerlo y de que se acepte ó aplauda su doctrina sin haberla leído.

Todo ello podrá satisfacer al proselitismo anticatalanista, ó á la propaganda nacionalista; pero no puede colmar el anhelo del público intelectual. El catalanismo, en lo que tiene de cuerpo doctrinal, debe ser conocido por los intelectuales españoles y divulgado entre las gentes, con el propósito objetivo y desinteresado de buscar la verdad. Nada de forzar los argumentos, ni mutilar los textos, ni siquiera presentarlos con cierto artificio que nos ayude á probar nuestra *tesis*; conozcamos, íntegramente, la doctrina, traduzcámosla con lealtad y meditémosla, serenamente, llenos de fe en la ciencia y de confianza en la verdad. Venzamos aquellos prejuicios de que habla Spencer en su

Introducción á la ciencia social, y que tanto estorban para juzgar imparcialmente los hechos y fenómenos políticos.

Yo creo, contra Prat de la Riba, que España es una unidad espiritual y que no conviene romperla con el nacionalismo, que reduciría al Estado español á un frío y seco embalaje, sin jugo moral, y sin ideal colectivo; y como tengo fe en mis ideas, creo que ayudo á ellas divulgando las del más formidable impugnador de la unidad moral de España.

Los catalanistas, en cambio, creen, sinceramente, que Cataluña es una Nación; pero saben de sobra, que no adelantarán un paso en sus reivindicaciones, mientras la opinión española no empiece á participar de esa creencia. Por eso desde el primer momento, acogieron con simpatía mi proyecto de traducir *La Nacionalidad Catalana*, pues muchas veces han protestado de que sus ideas se presentan al público español, no en su íntegro y leal contenido, sino como conviene á la política centralista de Madrid.

Suprimamos, pues, ese obstáculo del idioma que aísla espiritualmente de España á un importante sector de Cataluña, y, puesto que ellos se obstinan en no escribir en castellano, no llevemos nuestra intransigencia ni nuestro amor propio hasta el extremo de ignorar cosas muy importantes, que lo son todavía más, por la circunstancia misma de estar escritas en catalán únicamente.

Leámoslas y meditémoslas, sin odio, sin rencor, sin preocupación siquiera, olvidándonos de que hubo un tiempo en que los libros que no agradaban á los gobernantes, eran quemados

por mano del verdugo. Pensemos en que es poner puertas al campo querer atajar el vuelo incoercible del pensamiento con leyes de jurisdicciones ni con previas censuras.

Las ideas se las combate con ideas; á las doctrinas se oponen doctrinas, y teniendo fe en nuestras convicciones, fortifiquémoslas con la contradicción sin hacer de su defensa una cuestión personal, como el personaje de *Clarín*.

II

Prat de la Riba es como hombre, un caso singular, merecedor de que se le estudie con interés y se le recuerde con admiración. Hombre de fe en sus ideas, las defendió con cálido entusiasmo cuando estaba casi solo, y debió ser grande su gozo y envidiable su muerte, al recordar el rápido y triunfal camino y la eficacia casi milagrosa de sus propagandas.

En veinte años se ha cambiado substancialmente el *idearium* de los intelectuales catalanes, y ello ha sido obra personal de Prat de la Riba, cuyas condiciones de inteligencia y voluntad, podrán aparecer con más brillo en estos últimos tiempos, elevado á la presidencia de la Mancomunidad y dirigiendo, desde su despacho, la actuación política y parlamentaria del catalanismo; pero es mucho más interesante recordarla y referirlas á la edad moza de Prat y de sus camaradas, cuando llenos de fe y de entusiasmo tenían que envolver en eufemismos sus doctrinas, para no causar

escándalo entre sus oyentes y lectores, y aun para no tropezar con los tribunales de justicia.

El mérito principal que tiene á mis ojos Prat de la Riba, es la gran habilidad con que, llevado de su gran amor á Cataluña, ve en todos los elementos de la ideología catalana, no ya precedentes, sino factores integrantes del nacionalismo. Hasta en el *provincialismo*, que consideraba á Cataluña como una provincia de España, quiere encontrar un germen de la personalidad catalana, base y cimiento de la nacionalidad. Y aunque en realidad ha sido Prat un gran renovador de las ideas de Cataluña, preocupado de buscar su solidez y llevado de su formación doctrinal, dentro de la escuela histórica, se esfuerza por presentar al nacionalismo como corolario, como una consecuencia de las doctrinas corrientes en sus antecesores.

Nada más elocuente en este respecto, que el siguiente párrafo de Prat de la Riba al poner término al prólogo con que presentó el libro de Durán y Ventosa «Regionalismo y Federalismo» (1).

«Un día el padre de Durán (D. Manuel Durán y Bas), maestro mío muy querido, en aquel despacho, escenario de su verdadero ministerio, sentado en el sillón que todavía hoy, cuando su hijo lo ocupa, veo lleno de su figura venerable, nos hablaba de Nación y nacionalidad.

«*Él no se aventaja con estas ideas*, le espantaban, le amedrentaban... Nosotros, le escuchá-

(1) Lluís Durán y Ventosa, *Regionalisme y Federalisme*, prolech de Enrich Prat de la Riba, Barcelona 1906, pág. 33. En este prólogo se pueden ver textualmente anticipados los capítulos II, III y IV de *La Nacionalidad Catalana*.

bamos con el respeto con que siempre hemos escuchado sus palabras: respeto filial de hijo por su sangre el uno, de hijos por su inteligencia los dos; y nos venían á flor de labio palabras suyas en la Cátedra, en el libro, en las Academias, palabras que nosotros habíamos recibido como lluvia fecunda en lo más íntimo de nuestra alma, premisas de una conclusión que se sacaba sola.»

III

D. Enrique Prat de la Riba, nació en Noviembre de 1870, en su casa solariega de Castellersol, donde murió en 1.º de Agosto de 1917. En su pueblo natal, pasó los años de su infancia y de su adolescencia, hasta que se trasladó á Barcelona á estudiar la carrera de Derecho.

Poco después de su llegada á la ciudad Condal, fué presentado por un ilustre literato mallorquín, Picó y Campamar, al Centro Escolar Catalanista, donde encontró un grupo de jóvenes que, pronto, se identificaron con su espíritu y, entre los cuales, descollaban Durán y Ventosa y Puig y Cadafall, que luego fueron figuras preeminentes del catalanismo.

En 1890 á 1891, Prat de la Riba fué elegido presidente de dicho Centro, pronunciando el discurso inaugural, en donde expresaba ya las ideas que habían de desarrollarse en su libro. Desde aquella presidencia, pidió á la Diputación de Barcelona la creación y sostenimiento en la Universidad de una cátedra de Derecho catalán.

Al constituirse la Unión catalanista, fué Prat elegido Secretario, y con tal carácter asistió á la célebre Asamblea de Manresa de 1892, siendo ponente de las famosas bases, aunque combatió algunas de ellas, puesto que no aceptaban claramente el principio nacionalista.

Desde la Asamblea de Manresa hasta 1895, Prat de la Riba entró en un período de retraimiento político, que aprovechó para terminar su carrera de Derecho y que sólo interrumpió con algún trabajo periodístico y para escribir, en unión de Pedro Muntañola, el célebre *Compendio de Doctrina Catalanista*.

A mediados de 1895, Prat de la Riba volvió definitivamente á la vida política, y con la cooperación de sus colegas del Centro Escolar y otros valiosos elementos, se dedicó á la conquista de las principales corporaciones de Barcelona, siendo las primeras de que se apoderó, el Ateneo Barcelonés y la Academia de Legislación y Jurisprudencia.

Fuó Secretario del Ateneo bajo la presidencia de Almirall, de 1896 á 1897, y entonces organizó la serie de conferencias dedicadas á demostrar la personalidad de Cataluña, entre las cuales destaca la que él dió sobre *El hecho de la Nacionalidad Catalana*, y cuyo contenido se reproduce en los capítulos V, VI y VII de su libro.

A raíz de esta conferencia fué encargado de redactar el mensaje que los periódicos y sociedades catalanistas dirigieron al rey Jorge I de Grecia por la defensa y liberación de los griegos de Creta, rebelados contra la opresión turca. «Este mensaje—dice un biógrafo de Prat de la Riba—fué el primer documento oficial del

catalanismo de carácter francamente nacionalista». Por cierto, que al ser conocido y divulgado el atrevido documento, provocó fuertes protestas en la prensa de Madrid, á las cuales replicaba Prat de la Riba desde el periódico *La Renaixensa*, en diferentes sueltos, uno de los cuales costó á su autor un proceso, y al periódico la suspensión.

Prat siguió su labor periodística en *La Renaixensa*, en la *Revista Jurídica de Catalunya* y en *La Veu de Catalunya* (entonces semanario); y cuando el desastre colonial, Prat de la Riba redactó dos manifiestos memorables: el suscrito en 12 de Junio por treinta y seis asociaciones y dieciséis periódicos catalanistas, pidiendo, á toda costa, la paz de España y los Estados Unidos y la autonomía de Cataluña, y el de 22 de Noviembre, con motivo de la carta del general Polavieja al Sr. Domenech, prometiendo á los catalanes la concesión de reformas autonomistas.

Con motivo de la división del catalanismo en intransigente y evolutivo, se convirtió en diario *La Veu de Catalunya*, y se encargó de su dirección Prat de la Riba, iniciando una serie de campañas de política nacionalista, que consolidaron su reputación como definidor de la doctrina.

Los catalanistas de sentido evolutivo, fundaron en 1900 el Centro Nacional Catalanista, que se fusionó, poco después, con la Unión Regionalista, constituyendo luego La Liga Regionalista, fuerte y vigorosa organización política, de la que fué alma y motor Prat de la Riba.

Prat fué el director del movimiento político electoral y parlamentario del catalanismo; él

fué quien redactó el famoso programa del Tívoli, base de la Solidaridad catalana. Elegido Diputado provincial en 1904, y reelegido sin interrupción hasta su muerte, Prat de la Riba fué el iniciador de la Mancomunidad, cuya idea presentó á la Asamblea de Diputaciones provinciales celebrada en Barcelona en 1906, logrando que Maura la incorporase á su proyecto del régimen local, que Canalejas la hiciese materia especial de un proyecto de ley, cuya aprobación declaró cuestión de gabinete, y que los señores Dato y Sánchez Guerra, al subir al poder en 1913, planteasen por Real decreto tan importante reforma.

Prat de la Riba, que dió al catalanismo una base doctrinal (su libro), una organización política (la Lliga), quiso darle también un sentido pedagógico y cultural, y ello fué origen de las numerosas instituciones docentes creadas al amparo de la Diputación de Barcelona y de la Mancomunidad de Cataluña.

Prat de la Riba, murió en la plenitud de sus facultades, pero agotado, sin duda, por una labor ímproba, en la que será difícil encontrarle sucesor.

El temperamento de Prat de la Riba era más literario que oratorio, y por eso deja escritas la mayor parte de sus obras, aparte, naturalmente, aquella labor íntima, intensa y recatada que sin ostentación alguna realizaban más su autoridad, nimbando, con la aureola del misterio, su prestigio entre el pueblo.

Prescindiendo de los trabajos particulares y concretos sobre puntos determinados (informes, manifiestos, mensajes), las principales obras de Prat de la Riba fueron las siguientes:

Compendio de la Doctrina Catalanista, premiado en el concurso regionalista del Centro Catalán de Sabadell, escrito en colaboración con Pedro Muntañola (Barcelona, 1894); *Compendio de la Historia de Cataluña*, premiado en los Juegos Florales de Barcelona de 1898; *La Nacionalidad Catalana* (Barcelona, 1906); *Cortes Catalanas*, proposiciones y respuestas con prólogo y comentarios (Barcelona, 1906); *Las Mancomunidades, antecedentes*; *La Mancomunidad Catalana*; *Ley de Mancomunidades* (Barcelona, 1912).

Todas estas obras fueron escritas en catalán, y de la última se hizo una traducción castellana con la misma fecha.

En lengua castellana, escribió dos libros interesantes, á saber: *Ley Jurídica de la Industria*, estudio de Filosofía Jurídica seguido de bases para la formación de un Código industrial (Barcelona, 1898), obra premiada por la Academia de Legislación y Jurisprudencia de Barcelona.

Los Jurados mixtos para dirimir las diferencias entre patronos y obreros, y para prevenir ó remediar las huelgas. Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (Madrid, 1901) (1).

IV

Por la gran influencia que el libro de Prat de la Riba ha tenido en el pensamiento catalán,

(1) Todos estos datos están tomados de los artículos necrológicos dedicados á Prat de la Riba en *La Ven de Casa Junya* de 2 de Agosto de 1917.

no sería justo presentarle al público español en una traducción escueta; y por eso me atrevo á llamar la atención, en este prólogo, acerca de algunas afirmaciones del autor, no con espíritu de controversia, que sería inoportuno é indiscreto, sino con una doble finalidad: para la masa de lectores que no se hayan especializado en estos estudios, á manera de guía que subraye la importancia del texto, y para los hombres ilustres de la ciencia y de la política, que prescindiendo de la modestia del traductor y del prologuista, lean estas páginas, á modo de consulta ó cuestionario, llamando su superior atención ó requiriendo su autorizado juicio sobre los múltiples y variados problemas que suscita el libro de Prat de la Riba: así, por ejemplo, á mí me parece muy curiosa y muy interesante, la manera con que expone Prat de la Riba, en la introducción de su libro, la génesis de las transformaciones de los pueblos.

«Comienzan—dice—por los círculos superiores de la vida nacional y después irradian en ondas concéntricas hasta las capas sociales más profundas, que son también las más fuertemente apegadas á las costumbres, las más resueltamente contrarias á la innovación, á la mudanza».

Pudiéramos decir, que es este un concepto *aristocrático* de las transformaciones sociales en el que tal vez se exagera el papel y la eficacia de los llamados centros propulsores. Evidentemente, Prat de la Riba tenía motivo para pensar así, al recordar de qué manera había propagado el catalanismo, cuya doctrina fué formulada por los intelectuales y *recibida* por el pueblo como las tablas de la ley. No es ca-

sual ni indiferente el hecho de que al morir Prat de la Riba sus panegiristas lo comparasen con Moisés; pero yo me atrevo á invitar al lector á que compare esta concepción singular, que no vacilo en calificar de aristocrática, con el modo verdaderamente democrático con que Joaquín Costa explica las transformaciones jurídicas, y la soberanía irresistible del derecho consuetudinario.

V

Yo no soy pesimista. No quisiera considerar como irreductible ni como definitiva la posición nacionalista, como no deben considerar los catalanistas irreductible y definitiva la posición del centralismo.

Muchos catalanes de buena fe, me han hablado de que hay en esta, al parecer, insoluble contradicción, mucho de equívoco, de mala inteligencia, de desacuerdo circunstancial, de cuestión de palabras. Y como no quisiera que este prólogo fuese una impugnación ni una controversia, sino una modesta glosa del nacionalismo catalán á través del libro de Prat de la Riba, yo me complazco en creer, que así como éste considera su obra enlazada con el esfuerzo intelectual de los que, antes que él, escribieron en sentido *provincialista y regionalista*, yo creo que el libro de Prat, marca el punto culminante de una *reacción anticentralista*, que, á veces, por la negación tan radical que implica de la unidad moral y social de España, parece una afirmación antiespañola, fuerte y desabrida.

El gran amor que Prat de la Riba siente por Cataluña, le hace, á veces, ser injusto con España; pero ese amor le absuelve como á la gran pecadora.

Preocupado Prat de realzar la sustantividad de Cataluña reaccionando contra «el centralismo francés y contra el sentido absorbente de la palabra *provincia* (en lo cual le acompañamos todos los que nos hemos adoctrinado en cualquiera de las escuelas orgánicas, históricas, positivistas ó neoescolásticas), ha consagrado sus esfuerzos á despertar la conciencia de Cataluña, buscando dentro de ella su fuerza y su destino; y no cabe duda de que en este punto, más contribuyen á la prosperidad de España las comarcas que aspiran á ser focos de intensa acción económica y espiritual, que los pueblos dormidos y resignados sin más horizontes que las migajas del favor oficial, de quien esperan una Audiencia, una guarnición ó cualquier otra dependencia del Estado.

Lo que hay es que en *La Nacionalidad Catalana* se lleva demasiado lejos la reacción. El mismo autor lo reconoce, cuando dice en el capítulo III al hablar de la *génesis del nacionalismo*:

«*La reacción fué violenta. Con esa justicia sumaria de los movimientos colectivos, el espíritu catalán quiso desquitarse de la esclavitud pasada y no nos contentamos con condenar la dominación y los dominadores, sino que tanto como exageramos la apología de lo nuestro, rebajamos y menospreciamos todo lo castellano á tuertas y á derechas, sin medida*». (Página 41).

Tomando en cuenta ese coeficiente de reac-

ción, es como únicamente puede atenuarse el efecto que han de producir en el público español ciertas frases del libro de Prat de la Riba, á saber: á la compatibilidad naturalísima y corriente que todo español encuentra entre su vecindad local y regional y su nacionalidad política, la llama el autor monstruosa bifurcación (pág. 39); y aclarando el concepto dice más adelante, subrayando las palabras, que «*la Patria Catalana, pequeña ó grande, es la única Patria nuestra*» (pág. 55); idea en que insiste al recordar su compendio de *Doctrina catalanista*: «que sólo hay patrias de una sola clase—aludiendo á la conocida distinción entre *Patria chica* y *Patria grande*—, que *España no es nuestra Patria*, sino una agrupación de varias patrias, que el Estado español es el Estado que gobierna la nuestra como las otras patrias españolas».

Si nosotros con sincera imparcialidad buscamos en la posición dialéctica de una *reacción* exagerada, atenuantes para estos conceptos que tanto repugnarán al sentir general de los españoles (ya hemos visto que repugnaban á Durán y Bas), justo es que los intelectuales catalanes se expliquen sin esfuerzo, como otra *reacción*, la violencia ó la viveza de ciertas protestas anticatalanistas.

Será difícil que el pueblo español se acostumbre á creer que *España no es su Patria*, sino una expresión geográfica como Europa y una agrupación artificial de varias patrias, subyugadas por el Estado castellano, que á sí mismo se ha llamado Estado español.

No creemos que el libro de Prat de la Riba haya convencido á todos los catalanes; y lo

traducimos llenos de confianza en que no ha de convencer á los demás españoles.

Hay para ello un argumento perentorio. Desde que comenzó, con el siglo pasado, el régimen constitucional afirmando solemnemente la *soberanía de la Nación* (de la Nación española, no de una multiplicidad de naciones ibéricas), se viene proclamando como un deber cívico, *que todo español está obligado á defender su Patria con las armas* (artículo 3.º de la Constitución vigente), y todos entendemos que la Patria es todo el territorio español, y todos acudiríamos á defender á Cataluña si sufriese una invasión extranjera. Los españoles creemos que Cataluña, como Aragón, como Vizcaya, como Navarra, Galicia, Asturias, Andalucía, Extremadura, Castilla y Valencia, son nuestra Patria; y que por encima de las diversidades regionales, tenemos conciencia de una unidad moral, espiritual, histórica, que es el cimiento social de esa solidaridad jurídica y política que llamamos Estado.

VI

No recuerdo, en ninguno de mis escritos, haber tachado al catalanismo de *separatista*, porque creo, sencillamente, que no hacen falta palabras gruesas para combatir el nacionalismo. Y los nacionalistas, en efecto, no quieren que Cataluña se separe de España, como hace constar Prat de la Riba al hablar del nacionalismo político (pág. 124).

«Así, el nacionalismo, que no *ha sido nunca*

separatista, que siempre ha sentido la unión fraternal de las nacionalidades ibéricas dentro de la organización federativa, es aspiración levantada de un pueblo, que con conciencia de su derecho y de su fuerza, marcha, con paso seguro, por el camino de los grandes ideales progresivos de la humanidad.»

En efecto, el ideal catalanista es: que España constituya una *federación de nacionalidades ibéricas*, lo cual implica un federalismo enteramente nuevo. El estado federal moderno en los tipos de tal organización política, es una forma de organizarse un Estado nacional. Alemania, Suiza y los Estados Unidos, son Estados federales que corresponden, respectivamente, á la Nación alemana, á la Nación suiza y á la Nación norteamericana. Los Estados particulares que integran cada una de esas federaciones, *no son naciones*, sino partes de una Nación.

Es, en fin, tan extraña la concepción de Prat de la Riba, que sinceramente confieso que no encuentro doctrina científica en que pueda apoyarse, ni hecho histórico que le sirva de precedente. Yo no recuerdo haber leído en ningún autor que el Estado federal sea una *unión de nacionalidades*. ¿Necesitará recordarse lo que significa el principio de *nacionalidades* en los Estados modernos y en la época contemporánea?

¿Necesitará decirse que una Nación no puede tener á nadie *sobre* ella, que ha de ser soberana, y que á las relaciones que mantienen las naciones soberanas se llaman relaciones internacionales?

Esa federación de naciones de que habla Prat, ¿es una institución de Derecho político ó de Dere-

cho internacional? Si aceptamos la doctrina de Prat de la Riba, ¿cómo establecer diferencias entre una *alianza*, una *unión personal* de Estados, una *confederación* y un Estado *federal*?

Esa oposición que, por otra parte, establece Prat entre *Nación* y *Estado*, ¿no confunde á éste con el Gobierno? ¿No es un poco aventurado decir que la Nación es un producto natural, y que el Estado es una creación artificial? ¿Pero es que hay nada *artificial* ante la sociología moderna?

El Estado no es el Gobierno, ni siquiera el *Estado oficial*. El Estado es la asociación humana, que realiza el ideal político teniendo como soporte físico un territorio (Adolfo Posada), como elemento personal un pueblo, y como aglutinante jurídico un poder soberano.

Este poder soberano puede cambiar de forma (formas de Gobierno); pero el Gobierno es una *parte* del Estado. No hay Estado sin pueblo y sin territorio. Lo que llama Prat de la Riba confusión de la Nación y del Estado, es consecuencia de la evolución histórica de la idea política en cuanto ha encarnado ésta en distintas formas de la convivencia humana. El Estado es más antiguo que la Nación. Hubo Estados en la antigüedad clásica y sigue siendo Aristóteles el gran maestro de la ciencia política. Naciones, no las ha habido hasta la Edad Moderna.

Y sería injusto desconocer que el Estado, que es el sello político de la nacionalidad, el grado supremo de su perfección, el Estado, á su vez, ha contribuido á crear las naciones. La nacionalidad es evidentemente una gran entidad espiritual, que tiene por factores, entre

otros, la lengua, la religión, la cultura. Sobre esa unidad espiritual debe asentarse *la unidad política del Estado*, pero á su vez *la unidad política, ha contribuido á crear la unidad nacional*. La conciencia nacional es, ante todo, un producto histórico, y la Historia es el tiempo, y cuando pueblos, antes distintos, han recorrido juntos, durante siglos, un largo trozo de la Historia, han creado, por su mutua penetración, una serie de vínculos espirituales que han dado lugar á un tipo de pueblo distinto de cada uno de los componentes.

¿Es que España va á ser una excepción? Los siglos en que catalanes, valencianos y aragoneses, castellanos, vascos y asturianos hemos andado juntos, las cosas que unidos hemos realizado, ¿habrán pasado en vano?, ¿será tan fácil liquidar una historia como una sociedad conyugal ó una compañía mercantil?

Pues ese es el ideal catalanista. Negar la unidad espiritual de España, su nacionalidad, partiéndola en tantos pedazos como serían las llamadas nacionalidades ibéricas. Cataluña no estaría separada *políticamente* de España, aceptaría la suave tutela de un Estado federal español, pero yo prefiero á esa unidad política que se conserva, aquella unidad espiritual que se pierde con el nacionalismo.

VII

Para un espíritu superficial é impresionable, el capítulo que el autor dedica al imperialismo, resultará el de mayor altivez, pues se trata de completar el nacionalismo con una exacerba-

ción desbordante de su pujanza y una hegemonía incontrastable sobre todos los países de la Península Ibérica. Dijérase que se trata de un *asimilismo* al revés.

Quéjense los catalanistas de que Castilla haya impuesto su carácter, su legislación, su poder, su ideal á todos los pueblos ibéricos y señaladamente á Cataluña; y, una vez lograda la consagración de la nacionalidad catalana, en forma de una federación política de nacionalidades, dentro de esa federación Cataluña acabaría por imponerse por la superioridad de su cultura y de su riqueza, desempeñando en España el papel de Prusia en la federación germánica.

Yo declaro, sin embargo, que esos dos últimos capítulos son los que más me agradan é interesan.

De tal modo me entristece pensar en el aislamiento espiritual de Cataluña y en su alejamiento del resto de España, que aunque sea con propósito de predominio ó hegemonía, me es grato verla preocuparse de los intereses generales españoles. Y no puede quejarse Cataluña de que España ofrezca resistencia á sus soluciones cuando éstas abarcan á la totalidad del país en vez de encerrarse en el círculo estrecho de las reivindicaciones regionales. Así dice con razón el autor en las últimas páginas de su obra:

«El criterio económico de los catalanes en las cuestiones arancelarias, *hace años que ha triunfado*. El arte catalán comienza como la literatura á irradiar por toda España. Nuestro pensamiento político ha empezado á luchar con las concepciones dominantes, y los primeros

combates hacen augurar muy próxima la victoria» (pág. 138).

Es verdad; cuando los catalanes invocan el nombre de España y el interés de España, se convierten en facilidades y en aplausos los recelos y las desconfianzas, las hostilidades y las repulsas con que tropiezan aquellas otras peticiones que se prestan á interpretaciones equívocas en cuanto al mantenimiento de una suprema solidaridad moral, política é histórica, que la conciencia de la generalidad del país considera como definitiva.

Con razón se envanece Prat de la Riba, de que el criterio económico de los catalanes en las cuestiones arancelarias hace años que ha triunfado.

¿Por qué ha triunfado?

Sencillamente porque el interés de Cataluña se presentó y defendió allí solidarizado, identificado con el interés de España. Así puede hallarse en la historia documentada de nuestra reforma aduanera un manifiesto publicado en Barcelona en 1881 en defensa del proteccionismo y que terminaba con estas palabras:

«Nuestra causa es la causa de la producción».

«*Viva España!*»

«*Viva la causa de la producción española*» (1).

En las últimas sesiones de Cortes celebradas durante el Gobierno presidido por el Conde de Romanones, los representantes catalanes obtuvieron la aprobación de un proyecto de ley protector de las industrias, en el cual se recogían las aspiraciones de los elementos econó-

(1) *Gabriel Rodríguez*, libro en cuyas páginas resplandece el genio y el recto carácter de un gran español. (Madrid, 1917, pág. 300).

micos de Cataluña. El saber que la industria catalana sería la más beneficiada con la ley, lejos de ser un obstáculo fué un estímulo para que el Parlamento la votase.

Es que se titulaba Ley protectora de la *Industria nacional*.

Y la palabra *Nación* era sinónima de *España*, entendida, no como pluralidad de naciones, sino como una sola unidad espiritual, base y título de una amplia solidaridad económica que obliga al Estado á desarrollar una acción fecunda de *nacionalismo productor*, en que la acción *defensiva* del arancel proteccionista se completa é integra con los estímulos eficaces para la expansión exterior de aquellas industrias cuya notoria superproducción exige facilidades exportadoras.

Estos hechos que quedan apuntados, despiertan en el espíritu no sólo la confianza sino el optimismo.

VIII

Prat de la Riba escribió, como hemos dicho, preocupándose principalmente de despertar en la conciencia catalana su personalidad, su nacionalidad... ¿Será sólo cuestión de palabras?

Su gran amor á Cataluña, llevó al autor á extremos de indignación patriótica ante la concepción *provincialista*, que hace al Estado centro de la vida y considera á las regiones como partes dependientes y subalternas del Estado español.

Y esta reacción la exagera hasta el punto de que aparenta *prescindir* de España.

XVIII LA NACIONALIDAD CATALANA

Sólo así se explica la tabla *onomástica* que, á manera de apéndice, figura al final del libro.

Léase en ella la lista de nombres propios que aparecen citados en el texto. Ni un solo nombre castellano, ni un apellido español que no sea catalán figura en este libro.

¿Por qué esta omisión tan significativa, que no podemos menos de suponer intencionada?

Indudablemente por el deseo de demostrar la autarquía, la suficiencia de Cataluña para formar una construcción científica, sin la cooperación de la intelectualidad castellana.

Seamos respetuosos con la intención, pero señalemos objetivamente, levantadamente, imparcialmente, la injusticia.

¿Es que realmente Prat de la Riba no formó su espíritu, con la amplia cultura que revela, con algún elemento científico recogido en libros ó autores de lengua castellana? Y atendiendo al innegable valor doctrinal del libro *La Nacionalidad Catalana*, ¿es que se puede hablar de Nación sin tener en cuenta, por ejemplo, el libro que á este concepto consagra Sales y Ferré en su *Tratado de Sociología*?

¿Se puede hablar de krausismo sin citar á D. Francisco Giner, ni á Salmerón, ni á *Clarín*, ni á Posada? Y de la escuela histórica, ¿sin recordar á Pérez Pujol, á Pisa Pajares, á Azcárate, á Hinojosa?

¿Y de ciencia política cristiana sin hablar de Gil y Robles y de Ortí y Lara?

¿Y de positivismo sin mentar á Dorado Montero? ¿Y de la fuerza jurídica de la costumbre como expresión espontánea de la conciencia del pueblo sin hablar de Joaquín Costa?

Sólo se explica esto por el efecto político y

social que Prat de la Riba quería buscar en este libro.

No por ello pierde para nosotros el interés científico, y creemos que el público docto no ha de tropezar en ello para negarle la justa estimación á que tiene derecho.

Este libro corresponde á una etapa de la actuación política de Prat de la Riba en la que acentuaba su catalanismo exclusivista y su apartamiento y diferenciación del resto de España.

No se olvide que, poco antes de morir, el autor asistió á los preparativos de la Asamblea de Parlamentarios, donde éstos requieren el concurso de todos los representantes de las Cortes españolas é inician una intensa propaganda fuera de Cataluña (1).

En esa recíproca penetración de Cataluña en Castilla y de Castilla en Cataluña, está la clave del porvenir.

Yo no puedo olvidar la impresión que me hizo la siguiente frase que oí á un joven catalán que habla viajado mucho por España y por el extranjero, «crea usted—me dijo—que el problema catalán es una cuestión de kilométrico. Si todos los españoles viajasen por Cataluña y



(1) «Al abrirse en los comienzos de Junio—decía la *Voz* del 2 de Agosto—la crisis de transmutación iniciada por la actuación de las Juntas de defensa, en torno del lecho de Prat se reunieron los prohombres de nuestra comunidad política. Prat intervino altísimamente en el cambio de impresiones y se encargó de redactar el manifiesto que los Parlamentarios dirigieron al país, el documento luminosísimo, histórico que ya conocen nuestros lectores y que virtualmente contenía todos los admirables frutos de la actuación, renovación de los pueblos hispánicos y consagración unánime de los ideales de Cataluña».

todos los catalanes viajasen por el resto de España, se disiparían muchos prejuicios, se desharían muchos equívocos y se convertirían las montañas en puñados de arena...» Pues bien, ya que no pueda llevar yo á Cataluña á todos los españoles, quiero darles á leer el libro más jugoso, más recio y más transcendental que se ha producido en estos últimos tiempos en tierra catalana: la obra de un gran hombre que por sus virtudes personales, por su modo de ser y por la hora histórica en que actuó, puede ufanzarse de haber cambiado substancialmente en una veintena de años el ideario de las juventudes intelectuales de Cataluña.

IX

No debo terminar estas líneas, sin expresar mi agradecimiento á la ilustre y respetable viuda de Prat de la Riba, por las facilidades que me ha dado para hacer esta traducción y sin rendir, también, un tributo de gratitud á mi doctísimo colega el Director de la Escuela de Funcionarios de la Diputación de Barcelona, Isidro Lloret, que ha tenido la atención de revisar mis cuartillas, enmendando en ellas los errores de traducción, á fin de que la versión castellana de este libro respondiese á la escrupulosa y leal probidad con que deben hacerse estas cosas.

Pero ha hecho más Lloret: en las cartas que con este motivo ha tenido la bondad de dirigirme respondiendo á mis consultas, me ha enviado una donde me dice cosas que no vacilo

en reproducir. Se trata, en resumen, de una impresión espontánea, personalísima, de un discípulo predilecto de Prat de la Riba, en la que interpreta con fervorosa admiración la obra del maestro, y dice así:

«Pero no puedo resistir al deseo de hablarle de la Nacionalidad, pues mi convivencia absoluta con el llorado maestro, me permitió conocer sus detalles íntimos.

«A la exposición de los tres capítulos primeros, en que expone la marcha interna de Cataluña y el proceso de la desorientación de sus hombres, sigue ya la obra de nacionalismo, la obra de la primera juventud de Prat, de Prat estudiante, que trata de infiltrar en el movimiento sus atisbos y videncias.

»El capítulo IV, transcende todo él á luchas. Aún no se sabe dónde se va, pero en la lucha, lo que se percibe más es la estridencia del combate. Y Prat, objetivo siempre, lo presenta todo. Esto es, sin duda, lo que ha contribuido á crear la leyenda contra Prat en tierras de lengua castellana. Las estridencias y los balbuceos de una vida intelectual que empieza, resultan duros é ingratos á los oídos de los habitantes del resto de España. Pero para hacerse cargo de lo que es Prat, basta recordar que entonces, en plena lucha, casi un muchacho, á los veinte años, da ya á la idea la gran base científica que implican sus conferencias del Centro Escolar, y á los veintiséis escribe los tres capítulos (V, VI y VII) en que expone el hecho de la Nacionalidad con toda sinceridad y ecuanimidad científica. Y huyendo de estridencias, que el creador no puede cometer, sienta gráficamente la desviación fatal que representa el

que á la unidad política—cuando los Reyes Católicos—no siguiese la unidad de dirección—obra de conjunto—quedando por acción real el Estado castellano, bajo el nombre de Estado español, error craso que ha sido la causa verdadera de la impotencia creadora y decadencia de España.

(No cabiendo aquí negar la justicia de su queja á los que por tal error se quiso privar de todo lo suyo.)

»Y vindica el carácter nacional íntimo de nuestra lengua, recordando á Herder: «La lengua es el alma del pueblo». (¡Calcúlese lo que para nosotros representa!)

»Y sienta el carácter integral del concepto de Nación, huyendo de frases hechas y de prejuicios, que son lo que nos impide entendernos.

»Por desgracia, la dureza de los hechos sentados en el capítulo IV, no imputables á Prat, y cuya estridencia más que nada se debe á que chocan con prejuicios, frases hechas, y á la resistencia á mudar de postura, aunque ésta sea injusta, impiden al lector de lengua castellana acabar de leer el libro. Estoy cierto de que la mayoría de los que le combaten no han pasado de ahí. No han leído la serena exposición de los otros tres siguientes y menos han llegado al candente capítulo VIII, verdadera exposición de la obra de Prat.

»Y los que le han leído, ya lo han hecho con recelo, con hostilidad, exacerbada por la lectura del IV, sin ver su carácter objetivo, y con el *parti pris*, hijo de irritación anímica, no pueden comprenderse las cosas.

»Y es lástima esta falta de serenidad. El capítulo VIII es ya la obra de madurez de Prat.

Ve ya é indica la marcha de la civilización por instituciones sucesivas. La yustaposición de estados que permite la síntesis de sentimientos é intereses. La causa de la caída: *la dominación de una nacionalidad sobre las demás que constituyen el Estado compuesto.*

«La imposición, dice, *provoca la repulsión y proclama la necesidad de quitar causas de disolución, origen de todo separatismo*, cuyo único remedio es el nacionalismo, la justicia é igualdad de trato, y cierra la puerta á toda idea de separatismo, diciendo que los *derechos de nacionalidad con la posesión de estado propio* (que cada cual cuide de lo suyo), *no es separación de los pueblos que ha unido la historia.* Caso de España.

»Y explica el proceso con que las almas de los pueblos van uniéndose, cosa mil veces más patriótica que el defender á *outrance* (por propio egoísmo), el régimen de predominio de los unos sobre los otros.

»Y en la página 111 sienta, sin nebulosidad, el caso de España, y que el nacionalismo no es ni ha sido separatista.

»Y sobre esto, sienta el ideal de imperialismo y de una grande España en los otros dos capítulos.

»Y uno no puede menos que pensar que la esterilidad, la caída vergonzosa del imperialismo en España, bajo la hegemonía, ó mejor, imposición real, del espíritu castellano, se debió á la falta absoluta de justicia orgánica, apoyada por la adoración absurda á la persona y voluntad reales.

»Y para hacerse cargo pleno del lugar y papel de este pequeño libro admirable, hay que

XXXIV LA NACIONALIDAD CATALANA

tener en cuenta los motivos de su publicación.

»Prat venía trabajando toda su vida en el proceso científico de las nacionalidades. Había reunido un material inmenso y preparaba un gran libro, cuando el nacionalismo naciente se separó de la Unión Catalanista—cuya alma había sido Prat, incluso en Manresa aun siendo vencido en los nombres—y quiso lanzarse á la política activa fundando un diario, *La Veu*. Los capitalistas, principalmente su tío Carné (no el diputado), le exigieron como garantía que él lo dirigiese. Esto arrancó violentamente á Prat de su gabinete, y el libro quedó por hacer.

»Después, al lanzarse á la Diputación para que sirviese de base á la obra constructiva, también se obligó á Prat á que se encargase de su dirección.

»Pero él antes, ya que no podía escribir su obra, quiso sentar su criterio científico, y prevaleándose de su genial facultad de decir en una línea lo que necesita un libro, publicó en 1906 su *Nacionalidad* en que en germen está todo, y en 1907 se lanzó á su obra constructiva de la Diputación, que culminó en 1914 en la Mancomunidad de Cataluña, órgano directivo-gubernativo de la Nacionalidad por él señalada.

»Esta es la obra del maestro y del amigo que hemos perdido y que nadie podrá reemplazar.

»Perdone la lata, expansión de mi cariño á Prat, pero creo que puede servirle para dar al prólogo algo vivo, algo que evoque, por encima de los libros, la imagen del maestro.»

X

Nada más por mi parte, sino rogar al público castellano que lea este libro sin prevención, y pedir al lector catalán que reciba este prólogo sin enojo. Unos y otros debemos conocernos, estudiarnos en una íntima y mutua penetración espiritual.

Declaro que, hasta ahora, no hallo medio de armonizar el nacionalismo catalán con la nacionalidad española. ¿Será, sólo, repito, cuestión de palabras? ¿Quién sabe? De lo que estoy seguro es de que los hombres como los pueblos, siguen este ciclo que, tantas veces, se repite en la historia: primero, se combaten, luego se conocen y acaban por amarse fundiéndose en una comunidad espiritual de justicia y de cultura.

¡Quién sabe si de esta antítesis, al parecer inconciliable entre el catalanismo nacionalista y el nacionalismo español, saldrá pronto, gracias á la luminosa fecundidad de la discusión, la síntesis patriótica que llegue á fundir el rico espíritu local de las regiones españolas, el alma histórica nacional, la cultura latina y el más amplio sentido de fraternidad humana en un robusto ideal colectivo, con propia y fuerte sustantividad, que sea el gran motor espiritual de la España futura...]

ANTONIO ROYO VILLANOVA

Madrid, Octubre de 1917.

P. S.—Al corregir las pruebas de este prólogo, me encuentro, en la política española, con

un hecho transcendental. Han jurado el cargo de ministros de la Corona dos caracterizados catalanistas: el señor Rodés, que vino al Congreso con la Solidaridad Catalana, en el grupo de la izquierda llamado del *nacionalismo republicano*, y el señor Ventosa, regionalista de la Lliga, hombre de la derecha pero que, como todos, hizo profesión de fe *nacionalista* en el Parque de Güell y la ratificó en el Congreso de los diputados con el señor Cambó y con todos sus compañeros de minoría, al exponer por vez primera en todo su radicalismo, las doctrinas de Prat de la Riba.

Los que lean este libro, cuya médula está en la célebre frase: *hay que ser catalanes y nada más que catalanes*, advertirán que los discípulos de Prat de la Riba, al ocupar el Gobierno, ponen su mira por encima de Cataluña, y en sus notas oficiosas, abarcan á toda España, omitiendo la menor frase ó manifestación de exclusivismo catalanista.

El hecho, repito, es transcendental y no hace sino confirmar lo que se dice en este prólogo. Ahora bien, si viviese Prat de la Riba ¿sería posible que se diese el caso de ver á dos catalanistas en el Gobierno?

Yo creo que sí.

¿Se hubiese dado este caso... tan pronto?

Yo creo que no.

Noviembre 1917.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

El invierno de los pueblos.—Cataluña al comenzar el siglo XVIII: ideas de entonces: el poder real.—Castellanización.—Cataluña reducida á provincia.—Centros impulsores y radiaciones periféricas. Fenómeno característico de los renacimientos.—Los payeses catalanes.—Cortes de 1702.—Comienza el renacimiento.—Sus momentos capitales. 1

CAPÍTULO II

PROVINCIALISMO Y REGIONALISMO

Provincialismo de Cataluña.—Su fórmula doctrinal.—Unidad y variedad.—Las fórmulas orgánicas.—Los círculos concéntricos.—Regionalismo. Sistema particularista de Almirall.—Fracaso de todos los sistemas regionalistas.—Semilla nacionalista. 17

CAPÍTULO III

GÉNESIS DEL NACIONALISMO

Romanticismo.—Los poetas, los historiadores, los arqueólogos.—Sentimiento de Patria.—La personalidad de Cataluña.—El catalanismo.—Ideas y tendencias que con él se confunden.—El Derecho catalán.—El espíritu nacional en el arte.—Tradición del pensamiento catalán.—Nación y Nación catalana.—La Nación y el Estado. 37

CAPÍTULO IV

INICIACIÓN Y DIFUSIÓN DEL NACIONALISMO

- El Centro Escolar Catalanista.—Tres discursos.—Primeros periódicos que acogieron la nueva fórmula.—Compendio de la doctrina catalanista.—Campanas periodísticas de espíritu nacionalista.—Conferencias en el Ateneo sobre la nacionalidad catalana.—Asamblea catalanista de Barcelona.—La obra de Durán. 51

CAPÍTULO V

EL HECHO DE LA NACIONALIDAD

- El hecho social y el hecho jurídico.—La nacionalidad en los geógrafos; en los historiadores; en los sociólogos.—Caracteres de la nacionalidad. 63

CAPÍTULO VI

LA IDEA DE NACIONALIDAD

- Impresión de conjunto de las diferentes teorías.—Doctrinas geográficas; los límites naturales.—El romanticismo.—La raza.—La individualidad social.—La escuela histórica.—La lengua.—El carácter nacional.—El organismo social.—El espíritu nacional.—Síntesis ideológica.—Territorio, raza, lengua, derecho, arte.—Lo que es la nacionalidad. 73

CAPÍTULO VII

EL HECHO DE LA NACIONALIDAD CATALANA

- La *etnos* ibérica.—La unificación romana.—Triunfo de las nacionalidades esclavizadas.—La lengua catalana.—El espíritu nacional.—Ampurias.—El arte de Cataluña.—El espíritu mercantil.—Criterio jurídico y político de las tierras de lengua catalana. 99

CAPÍTULO VIII

EL NACIONALISMO POLÍTICO

Consecuencia del hecho de la nacionalidad.—Nacionalismo y pan-nacionalismo.—A cada Nación, un Estado; objeción.—La evolución del Estado.—Antinomia aparente entre el nacionalismo y el universalismo ó mundialismo.—Se resuelve en el Estado compuesto, ó federación de Estados nacionales. Caracteres de la organización federal.—Su misión histórica.—Cuándo es una forma transitoria para conducir á la unidad.—Estado catalán y federación española.. . 109

CAPÍTULO IX

EL IMPERIALISMO

Es un grado de la evolución nacionalista.—Los grandes imperialistas son fervorosos nacionalistas.—Emerson.—El imperialismo de Roosevelt.—Formas de imperialismo.—Elementos esenciales del imperialismo. El nacionalismo haciéndose imperialismo.. . . 125

CAPÍTULO X

CONCLUSIÓN

Amortiguamiento de Cataluña.—Renacimiento.—Industrialismo.—Provincialismo.—Regionalismo.—Nacionalismo.—Comienzo de la etapa imperialista.—La Federación Ibérica.. . . . 125

Tabla onomástica.. . . . 141

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

El invierno de los pueblos.—Cataluña al comenzar el siglo XVIII: ideas de entonces: el poder real.—Castellanización.—Cataluña reducida á provincia.—Centros impulsores y radiaciones periféricas.—Fenómeno característico de los renacimientos.—Los payeses catalanes.—Cortes de 1702.—Comienza el renacimiento.—Sus momentos capitales.

Todos los años nos da la naturaleza una imagen viva de lo que es el renacimiento de un pueblo. Todos los años trunca el invierno la circulación de la vida, deja las ramas desnudas de verdor, cubre la tierra de nieves y escarchas.

Pero la muerte es aparente. Las nieves de las montañas se derriten, medran los ríos que llevan á la llanura la fuerza acumulada de nevadas y ventisqueros, la tierra siente penetrar por todas sus moléculas la humedad amorosa del agua que fecunda; bajo la costra de las heladas ó la capa protectora de nieves y escarchas, las semillas tiemblan

y se desgarran abriéndose para dar paso á la vida que vuelve; los viejos troncos de los árboles sienten el estremecimiento, el escalofrío que anuncia la nueva subida de la savia. Después, el sol prolonga los días y templá el aire; retroceden las nieves á las cumbres de las altas sierras; la brisa mece los sembrados y las ramas henchidas á punto de brotar; crece el espasmo de movimiento, de vibración, de actividad por toda la naturaleza, y sus rumores innumerables cantan otra vez el himno eterno á la vida renovada.

Asimismo para los pueblos, el invierno no es la muerte, sino la gestación de una nueva vida. La hora triste de las naciones es aquella en que se lucha con lo imposible, con el hado enemigo, con la hostilidad declarada de las grandes corrientes universales, que abaten y doblegan á los pueblos, como los ríos desbordados las cañas y los juncos de sus márgenes.

A principios del siglo XVIII ya había comenzado el invierno para la tierra catalana. Se mantenían todavía en pie esperando la hora próxima en que los hacheros de Felipe V las hiciesen leña, las instituciones políticas de Cataluña.

Pero aniquilada la fuerza social de nuestro pueblo, que era la fuente fecunda que había de nutrirlos, ya en vez de organismos vivos, habían ido tornándose en miembros fríos, paralizados, muertos, que sólo por inercia se sostenían.

La despoblación, la decadencia del comercio, la anulación de la marina, habían empobrecido á Cataluña. Las leyes, los funcionarios, la orientación de las vías comerciales que del Mediterráneo habían pasado al Atlántico, la situación internacional que hacía á turcos y piratas argelinos señores del mar nuestro y detenía la expansión de Cataluña con el círculo infranqueable de aquellos pueblos bárbaros, el desconcierto administrativo del Estado, las guerras largas y costosas sostenidas para repeler las imposiciones del uniformismo ó las invasiones extranjeras, todo iba en contra de la prosperidad de Cataluña.

Las ideas y los sentimientos que entonces gobernaban el mundo, encaminaban á los hombres á las grandes unidades mecánicas de formación violenta: clasicismo, regalismo, centralización, eran los ideales nuevos de aquellas generaciones.

Todo el poder, toda la razón de ser y de

vivir de los pueblos, estaba en los reyes, que concentraban y absorbían en su persona el Estado, la nación y la patria. Los reyes eran señores de los súbditos, y, como propietarios del territorio nacional, su voluntad ley suprema del país. La Reforma, debilitando el poder social de la Iglesia; el predominio del clasicismo, fortaleciendo con el ejemplo y con las leyes del imperio de Roma el poder feudal de los soberanos, contribuyeron vigorosamente á preparar aquella época de brillantez de la monarquía en que los pueblos se arrodillan á los pies de la majestad real que pasa.

El rey lo era todo en la vida nacional. Los pueblos y sus necesidades, intereses y afecciones, no eran nada. Toda la fuerza era del rey y venía del rey: el consejo de la cámara del rey, gobernaba la nación: la ciudad en que el rey alzaba su palacio, venía á ser la capital de la nación: la lengua que el rey hablaba, la ley civil que el rey seguía, las costumbres locales en que el rey participaba ó intervenía, eran la lengua, y el derecho, y las costumbres por excelencia, las formas típicas de lenguaje, de vida jurídica, de vida social. Lo que no se acomodaba á ellas, ó se distinguía, era excepción, particularidad,

privilegio que se toleraba, pero que, á la corta ó á la larga, habia de desaparecer.

Así, pues, esta gran fuerza de la monarquía estaba también en contra de Cataluña. Por la procedencia del linaje en que el poder real radicaba, por la tendencia natural de todos los poderes fuertes á abusar de su fuerza, por la resistencia de Cataluña á las invasiones de la monarquía absoluta y su adhesión á las libertades populares, por la nacionalidad de las familias de que estaba rodeada y de los agentes y funcionarios de que principal y casi exclusivamente se servía, la monarquía vino á ser en España un gran factor de anulación de Cataluña. Nuestra tierra, que un tiempo habia sido principal instrumento de la política de los reyes de Aragón, vino á quedar poco á poco totalmente excluida del gobierno. Llegó un momento en que no se encontró ni un catalán al frente de las escuadras ni de los ejércitos, ni en el gobierno de las provincias y colonias, ni en los Consejos de la Corona que decidían la paz ó la guerra y hacían las leyes de que dependia la prosperidad ó la desgracia.

Cataluña pobre, sin comercio, sin industria; Cataluña sin dirección política autóno-

ma, quedó también sin cultura propia, sujeta á la cultura de la Corte, tributaria de la cultura castellana. Boscán escribe en castellano sus composiciones poéticas; Pujades publica en castellano su *Crónica*, que había comenzado en lengua catalana; en castellano escribe sus *Anales* Feliu de la Peña; en castellano componen los galanteadores sonetos y madrigales á las damas en las reuniones de la nobleza provinciana, y ha de ir siguiendo como un gemido, como una queja, la serie estéril, plañidera de los panegíricos de la lengua castellana.

Las pocas manifestaciones, y aun esas, marchitas y secas, de nuestra cultura de entonces, son castellanas. El ideal que á la sazón surgía, lo futuro que se hacía actual, era un ideal de asimilación á la lengua y á la cultura castellanas, que llegaban á Cataluña con el brillo esplendoroso, con la aureola gloriosa, con los prestigios irresistibles de la augusta, sacra, cesárea y católica majestad de la Corona.

Cuando en 1714 cayó el último baluarte de las libertades políticas, ya la intelectualidad catalana había adoptado el castellano por lengua vulgar de la cultura, como más tarde había de adoptarse en todos los actos de

la vida pública, como más tarde había de convertirse en única lengua escrita de nuestra tierra.

Pobre, sin acción política, sin cultura propia, sometida al gobierno, á la lengua, á la dirección social de otro pueblo, Cataluña perdió la noción de su propia personalidad, se convirtió en *provincia*. Almas escogidas conservaron siempre el recuerdo del pasado y mantuvieron la protesta pasiva contra el presente, pero pasaban silenciosos, aislados, y, al cabo, aun en estos espíritus clarividentes fué borrándose la conciencia reflexiva de la colectividad, quedando nada más, con especial acentuación, el mismo sentir inconsciente de la masa.

El otoño había acabado: el invierno proyectaba su sombra sobre la tierra catalana.

Pero no se hacen con simetría las transformaciones de los pueblos. Comienzan por los círculos superiores de la vida nacional y, después, irradian, en ondas concéntricas, hasta las capas sociales más hondas, que son también las más fuertemente apegadas á las costumbres, las más resueltamente contrarias á las innovaciones, á las mudanzas. La transformación está virtualmente completada cuando todos los centros pro-

pulsores de la vida nacional han sentido el nuevo impulso, porque cada centro propulsor, fatalmente, necesariamente, transmite el impulso recibido, en irradiaciones indefinidas, á todo el sistema social de que él es centro. Pero, muchas veces, aún está en curso de transmisión, el impulso del nuevo ideal, aún no ha llegado á las capas sociales extremas, cuando ya una nueva corriente comienza á hacer vibrar el centro propulsor, y todavía van llegando á la periferia las primeras impulsiones, cuando ya el impulso de esa corriente nueva ha comenzado su nuevo proceso de irradiación.

Así se produce en los renacimientos un fenómeno que desorienta y confunde á mucha gente: avanzan simultáneamente dos impulsos contradictorios en diferentes grados de la escala de transmisión. Así, hoy, en Cataluña, la corriente descatalanizadora va acabando de llevar su acción por el impulso recibido hacia las periferias de la vida catalana, cuando ya en las altas cimas la nueva corriente extiende su acción catalanizadora. Coexisten, pues, un proceso de catalanización y otro de descatalanización, los dos en movimiento, en actividad, el uno obrando por la acción de los círculos supe-

riores, el otro arrojado de las alturas, actuando por la periferia. Es natural, pues, que mientras se restauraba en los Juegos Florales la lengua catalana, la gente dejara de escribir en catalán; que cuando Verdguer publicaba en catalán *La Atlántida*, las familias humildes considerasen un insulto, una ofensa, que se les escribiesen en catalán las cartas ⁽¹⁾; que aumenten las disposiciones ministeriales de carácter centralista, en plena efervescencia de campañas nacionalistas. Esto es natural, es lógico; lo que no es natural ni lógico es basar en ello pesimismo, ó bien argumentos contra las nuevas doctrinas ⁽²⁾. Visto por encima, parece que avanza más la corriente que gana el pueblo. Pero no es así. Lo que llega á la masa es la corriente que muere: la que verdaderamente avanza y triunfa es la que domina en las cimas, en los centros de impulsión, en los círculos propulsores de la vida nacional.

Cuando los turcos se apoderaron de Cons-

(1) A mí me sucedió escribiendo cartas en catalán en 1886.

(2) Por no haber penetrado en esto Masé y Plaquer, hizo muchas veces argumento contra el catalanismo de haber cada día más *Juanitos* y *Pepitos* en vez de *Josephs* y *Joana*, de no poner la *y* entre los apellidos paterno y materno, etc.

*Antes—solía decir—, cuando no se hacían Asambleas catalanistas ni diarios en catalán, ni tantos libros y poesías, éramos más catalanes.

tantinopla y Colón descubrió América, virtualmente quedó consumado el hundimiento económico de Cataluña: harto se resistió nuestra tierra, pero el impulso de estos hechos transcendentales acabó poco á poco con la prosperidad de Cataluña. Cuando Fernando el Católico, con la unidad española hizo omnipotente la Monarquía, virtualmente quedaron destruidas las libertades populares; no estábamos todavía en Villalar, en el cadalso de Lanuza, ni en el Decreto de Nueva Planta, pero fatalmente habíamos de llegar allí; porque sólo la voluntad del rey las sostenía, y si la voluntad del rey las toleraba, la misma voluntad del rey podía derrocarlas. Cuando Felipe II hizo de Madrid la corte de España, virtualmente se consumó la sujeción de Cataluña al pensamiento y á la dirección del pueblo castellano: larga fué la resistencia, pero desde entonces, la invasión ha seguido fatalmente y todavía hoy continúa en el seno de nuestra patria renaciente.

En el corazón mismo de este invierno comenzó la vida nueva. Como fecunda la semilla sepultada en sus entrañas, la tierra fecundó el espíritu catalán que el mal tiempo refugió en ella.

La tierra es el nombre de la patria, la tierra catalana es la patria catalana: todas las generaciones lo han sentido, todas las generaciones lo han consagrado. La tierra de los padres que guarda los despojos de nuestros muertos y guardará los nuestros y los de nuestros hijos, es la tierra viva de las generaciones que son, la ubre nunca seca que nutrirá á las generaciones venideras como ha nutrido á las pasadas.

Cuando Cataluña quedó pobre y sometida, cuando se convirtió en provincia, el espíritu catalán, arrojado de las alturas, esperó oculto en las clases rurales á que volviese el tiempo de germinar, crecer, florecer y medrar ufano. Las gentes apegadas á la tierra por tradición, por amor, por necesidad de vivir, vinieron á ser el claustro materno donde el espíritu catalán fué á refugiarse, donde sintió el primer impulso de germinar y crecer.

La tierra, depósito grandioso de la vida nacional, había ido dando á la patria elementos sucesivos de prosperidad y de fuerza. En las lejanas centurias de la Edad Media nutrió á las ciudades, creó después las villas y siempre una corriente continua, nunca interrumpida, fué dando á la clase

burguesa y menestral de las villas y ciudades la sangre sobrante de la tierra.

Mientras esta vanguardia de la tierra, mientras los burgueses y menestrales realizaban la obra social de enriquecer con el comercio y el trabajo de los obradores la patria y la obra política de pactar con la monarquía las libertades populares y bullían en casas comunales, y en Cortes y en Parla-mentos, iba consolidándose una transformación en el campo: la redención de los payeses, la transformación de toda una multitud de esclavos en propietarios de la tierra.

Hasta entonces la clase rural había nutrido el tercer estado, desintegrándose, desbordando su población hacia los poblados y adoptando las profesiones ciudadanas. Entonces no. Entonces la gente labradora entra en la vida pública, entra en el tercer estado, en masa, sin dejar la masía ni la tierra donde, sufriendo y gozando, habían vivido sus padres. Y entró allí en plena otoñada, en plena decadencia de la cultura catalana, cuando la aristocracia comenzaba á fundirse en el sol de la monarquía, cuando la burguesía gastada por largas luchas perdía el nervio de su fuerza, la riqueza, al

embate de condiciones económicas desastrosas y fué á ponerse con toda su energía al lado de las instituciones catalanas en las grandes crisis del siglo xvii y comienzos del xviii, y por la semejanza con aquellas sus primeras batallas, ha sido en los tiempos modernos soporte vigoroso de los movimientos fueristas, antes de entregarse á las reivindicaciones catalanistas y dar á la causa de estas reivindicaciones los hombres que las han formulado, exaltado y organizado.

La entrada de la gente payesa en la vida pública catalana, hizo empezar el renacimiento. La fuerza acumulada por tantas generaciones no podía quedar muerta. Los segundones emprendedores de las masías renuevan y fortalecen con sangre nueva la población de las ciudades y villas. La tierra no puede más, á cada generación un torrente de juventud corre hacia los poblados y se encuentra allí con los obradores parados y los puertos solitarios. Entonces fué haciéndose irresistible el deseo de entrar en la lejana y paradisíaca América. Ya no se piensa en el pasado, se piensa en algo nuevo, en algo de que no disfrutaron los burgueses de los buenos tiempos de Cataluña, y la idea

fermentada estalló al fin ante el rey en las Cortes de Barcelona.

Fué en los primeros años del siglo XVIII, en las últimas Cortes normales de Cataluña presididas por el mismo rey que más adelante había de destruirlas, por Felipe V, el fundador de la dinastía borbónica. Entonces es cuando se sintió en las entrañas de la tierra catalana ese primer impulso de renacimiento: en plenas Cortes los representantes de las ciudades y villas catalanas, reivindicaron para los catalanes el derecho de comerciar con América. En aquella hora comienza una nueva era para Cataluña: la era nuestra, el renacimiento. Tardarán todavía años y años nuestros antepasados en conseguir la victoria de esta primera batalla, habrán de pasar todavía por los martirios de una guerra destructora y la humillación de perder las últimas libertades políticas, pero ya desde entonces el renacimiento ha comenzado, y lentamente, suavemente, por el proceso de las evoluciones vitales, van surgiendo, una tras otra, las grandes fases del renacimiento catalán, superponiéndose á manera de capas geológicas sobre el granito incommovible de la tierra: primero, el período industrial, la actividad económica,

la riqueza; después, la renovación histórica, la literaria, la artística; más adelante, el despertar de la conciencia reflexiva del ser nacional; últimamente, la fase política, la creación del organismo político de la nacionalidad, que es la obra de ahora, la flor de voluntad de nuestro renacimiento integral.

CAPITULO II

PROVINCIALISMO Y REGIONALISMO

Provincialismo de Cataluña.—Su fórmula doctrinal.—Unidad y variedad.—Las fórmulas orgánicas.—Los círculos concéntricos.—Regionalismo.—Sistema particularista de Almirall.—Fiasco de todos los sistemas regionalistas.—Semilla nacionalista.

CONSIDEREMOS un momento la evolución de la conciencia colectiva de la tierra catalana desde aquellos tiempos, ya lejanos, en que Cataluña se había convertido en provincia hasta la hora de ahora. Comenzó con un desmayado provincialismo, débil y vergonzante protesta de la gran diferenciación latente que pugnaba por manifestarse. Es el primer paso, el tanteo balbuciente de la voz que por primera vez busca la palabra. Dominaba entonces la concepción puramente mecánica del Estado y de la organización social: el Estado era una máquina, algo inorgánico, inanimado como un conjunto de pedazos de hierro, de ruedas y palancas que

una voluntad mueve y combina á su placer, era la clásica *nave* de las comparaciones retóricas, el Estado-Cuartel, uniforme, gris, con sus largas hileras de ventanas, todas iguales, habitación del hombre número, del hombre regimentado, que mueve y gobierna una voluntad de fuera en vez de su propia voluntad.

Dentro de esta concepción del Estado, la provincia no tiene substancia propia, no es nada, ni una parte siquiera; es un trozo, es un fragmento. El verdadero provincialismo se encuentra bien en ese Estado, quiere mantener y poseer en toda su plenitud los distintivos de provincia: lucha desesperadamente, como en la Coruña años atrás, para que no le quiten una Capitanía General, para que no le toquen una Audiencia ó no le dejen sin tal ó cual Comandancia, Escuela Militar ó Fábrica de tabacos.

El provincialismo en Cataluña no ha tenido nunca esta forma. Nuestros antepasados de los primeros tiempos del renacimiento catalán hablaban de él, ciertamente, pero poniendo el germen de un espíritu que es precisamente la negación del provincialismo. El provincialismo de Cataluña, glorificado por Balme y los primeros presi-

dentes de los Juegos Florales restaurados es un provincialismo preñado de radicales reivindicaciones que defiende no lo que nos une y asimila más al Estado sino el mantenimiento de lo característico existente, aunque, muchas veces, se trate de rezagadas persistencias de un régimen general modificado en las otras provincias. El título que se aduce es el amor ó adhesión de los catalanes, y el amor de éstos á las cosas de su provincia se legitima con el aforismo: *No puede amar á la Nación, el que no ame á su provincia*, síntesis de toda la teorización del provincialismo.

No existe todavía conciencia de una diferenciación fundamental: las diferencias son detalles, son excepciones, fueros ó privilegios más ó menos disculpados ó excusados. *Nuestros clásicos* son los clásicos castellanos, la lengua castellana es nuestra lengua, nuestra historia es la historia de España, los reyes castellanos son nuestros reyes, Covadonga el primer grito de nuestra reconquista, los grandes hombres y las grandes obras de la civilización castellana, nuestros grandes hombres y nuestras grandes obras. El catalán ó lemosín, lengua materna unas veces, otras dialecto, no les decía casi nada;

y el derecho civil catalán, derecho foral ó municipal, fué desnaturalizado por la ley hipotecaria sin levantar protestas, como no las había provocado el primer intento de codificación; y aun cuando más adelante surgieron algunas voces en su defensa, daban razones de oportunidad pero se apresuraban á aceptar como verdad inconcusa que había que ir desapareciendo para dar paso al derecho general ó común, es decir, al derecho castellano.

Toda la apologética de esta fase de nuestro renacimiento, cabe dentro de aquello tan manoseado de que *para amar á la nación se ha de amar á la provincia*, sofisma vacío que sólo engañó á los catalanes que lo utilizaban, que se servían de él para justificar á sus propios ojos la contradicción viviente que les atormentaba.

Los demás no se engañaron, no. Porque ¿cómo había de creer la gente verdaderamente española que para amar más á la lengua castellana había que estudiar, cultivar y amar, primero, la catalana: que la existencia de nuestras particularidades políticas había de hacernos apreciar más el *derecho común*, fundado cabalmente en principios contrapuestos á los nuestros; que de-

dicándonos al gótico y románico de nuestros monumentos sentiríamos devoción más intensa por la Alhambra ó la Giralda; que enamorándonos de las instituciones catalanas crecería nuestra adhesión á las instituciones del Estado, basadas en principios, tradiciones y leyes que son negación de los principios, leyes y tradiciones que informaban las nuestras?

Eso entendiendo por provincia Cataluña, y por provincialismo la afición ó amor á las cosas de Cataluña. De las verdaderas provincias no hay para qué hablar ni se ha hablado nunca entre nosotros. ¿Qué son si no una división arbitraria que ni tan siquiera llega á tocar la epidermis del país? ¿Cómo ha de influir en el amor á la Nación el querer unos cuantos kilómetros de carretera, la capitalidad de una Audiencia ó el alojamiento de algunos batallones? ¿Qué puede salir de un provincialismo semejante sino una ridícula parodia del verdadero patriotismo, del patriotismo sagrado que lleva al sacrificio de la vida, cuanto más al de miserables migajas del pasto burocrático?

Fué abriéndose camino el amor á la lengua catalana, el estudio de la historia pro-

pia, la adhesión al derecho civil. Las costumbres patriarcales de la familia catalana, la milenaria barretina, todo lo típico y especial de nuestra tierra, inspiró á los poetas que lo veían á la hora santa de la declinación, á la luz de un crepúsculo embellecedor. Siguió la bifurcación del alma catalana, que continuaba teniendo por suyo y propio todo lo que el pueblo castellano había ido haciendo pasar como único español, pero comenzaban ya á no pedir perdón de ser catalanes. Al hablar de *nuestra lengua*, de *nuestro* derecho, de *nuestro* teatro, refiriéndonos á la lengua, al derecho, al teatro de Castilla, ya no nos disculpábamos como de una falta de tener también una lengua, un derecho, una literatura propios. Admitíamos la monstruosa coexistencia de las dos culturas, de las dos psicologías superpuestas de inferior á superior y hasta queríamos hallarla un fundamento.

El fundamento que, de boca en boca, ó de pluma en pluma ha durado hasta hoy es la armonía de la unidad y la variedad. Argumento espigado en los campos de la estética alemana, impregnado de sabor teológico, con analogías buscadas en el dogma católico de la Trinidad, no salía de una vaga y

estéril poetización. De tanto que quería probar no probaba nada. ¿Qué es lo que había de ser uno, qué es lo que había de ser vario? Y dentro de cada elemento ¿hasta dónde ha de llegar la unidad, desde dónde ha de comenzar la variedad? El principio de la variedad en la unidad no nos dirá, por ejemplo, si ha de haber una sola ley civil en todo el Estado, ni, admitiendo excepciones, nos enseñará qué materias ha de reservarse la ley común y cuáles la ley foral, ni si ésta ha de comprender tal ó cual territorio. Para resolver estos puntos habremos de recurrir á razones de tradición, económicas, de oportunismo que con otras razones de la misma índole podrán ser contradichas. La variedad en la unidad no nos servirá de nada.

Muchos catalanes, no obstante, se han apoyado en ella para ir subiendo la cuesta de nuestro renacimiento, que es vieja costumbre de los hombres buscar razones que legitimen sus sentimientos ó sus deseos. Debemos, pues, sentir respeto hacia ese báculo venerable que ha acompañado á una generación por los caminos de la Patria, que le ha ayudado á subir un grado más. Pero no satisfacía á los entendimientos investigadores ni colmaba los sentimientos

cada día más vivos y las aspiraciones cada vez más definidas.

Las teorías orgánicas difundidas por la escuela histórica, el krausismo y el positivismo proporcionaron los elementos de la nueva teoría, apoyada ya en la tierra firme de la personalidad. La equiparación de la sociedad con un ser orgánico y de sus grandes divisiones internas con los aparatos orgánicos, es el primer paso, que se perfecciona después con la aplicación de la doctrina de las personas morales á las sociedades políticas y administrativas, trazando aquella gradación de círculos concéntricos que, comenzando con la familia, pasa por el Municipio, la comarca, la provincia ó región y la Nación, y se pierde en la humanidad. Cada sociedad de estas, es una persona, cada persona tiene su derecho.

Pero ni los conceptos de organismo y aparato orgánico precisaban bastante la unidad y la variedad, por la misma vaguedad de su equiparación puramente metafórica á la sociedad y á sus divisiones internas, ni satisfacían las aspiraciones catalanas. La parte está sujeta y subordinada al todo, el órgano al organismo. Invocando el supremo interés de España (organismo total), podía

exigirsele el sacrificio de lo privativo ó especial de Cataluña: riqueza, lengua, costumbres, instituciones... y el sacrificio podía llegar hasta la amputación. ¿Y cómo negarse á ello, dentro de semejante teoría, á no ser con razones de oportunidad y de conveniencia, es decir, con razones de diagnóstico que confirmen el derecho del Estado á imponernos semejante sacrificio?

Del organismo único, España, con órganos regionales, traducción literal en lenguaje de moda del principio de la unidad y la variedad, fué surgiendo la concepción de varios organismos, de varias unidades orgánicas, más ó menos entrelazadas, pero con personalidad propia, expresadas gráficamente con círculos concéntricos. Pero tampoco está, dentro de los círculos concéntricos, la verdad que se buscaba. La ley de crecimiento del sentimiento, en que quiere fundarse, es una falsedad: el que disminuya en fuerza, en intensidad, á medida que gana en extensión, es verdad unas veces, mentira otras: el hombre ama más á la familia que al Municipio, al Municipio más que á la comarca, pero ni la comarca, ni el Municipio, ni la provincia, son tan amados como la Nación. Por salvar á la Patria los rusos pren-

dieron fuego á Moscou, y las ciudades y villas sacrificadas al bien supremo de la Nación, como la buena villa de Perelada, patria de nuestro Muntaner, son innumerables.

Por otra parte, la familia y el Municipio tienen contornos bien definidos: son unidades, son personalidades que se sabe donde empiezan y donde acaban. El *unum a se et divisum ab aliis*, que constituye la individualidad, define claramente la de ellos, no con aquella separación absoluta con que distingue un hombre de los otros hombres, pero bastante marcadamente para hacer imposible toda confusión. No sucede así con las otras personas morales mencionadas. Quitada la provincia, en su acepción administrativa, creación arbitraria del poder, sin efectividad social ni diferenciación intrínseca, pero con límites bien detallados en el acto mismo de su constitución, quitada la provincia en este sentido puramente legalista, ¿dónde empieza y dónde acaba la comarca, la región, la Nación?

En el cerebro puramente nominalista de muchos autores de Derecho, la cosa no tenía ninguna dificultad. A la manera de cualquier legislador español que pensase haber

hecho regionalismo bautizando con el nombre de *región* á las actuales provincias, como un tiempo se imaginó hacer federalismo llamándolas *Estados*, se hacen las comarcas igual que los *Juegados de 1.ª instancia é Instrucción*, las regiones igual que los departamentos ó provincias, todo por proclamación dogmática del Estado infalible, y la Nación es el cuerpo mismo del Estado, el Estado mismo en su conjunto de gobernantes y gobernados.

En Cataluña la teoría abstracta, tenía delante la realidad viva. Por eso dejó á un lado la comarca, como entidad secundaria, y la Nación, que se consideraba sinónima de Estado independiente, y todo el esfuerzo de la elaboración doctrinal, fué á concentrarse en la provincia histórica, tradicional, viva, es decir, en la *REGIÓN*. Era posible hablar de provincia, refiriéndose á nuestra tierra, al principio, cuando aún estaba reciente la antigua división que hacía de todo Cataluña una sola provincia; pero después, cuando la provincia no fué Cataluña, sino una entidad administrativa arbitraria, comenzó á sonar la palabra *región*, que con el tiempo debía ser universalmente admitida: y la *región* era el antiguo Principado de Cataluña.

Con la fase regionalista, la bifurcación del alma catalana va desapareciendo. Desde el regionalismo incipiente, más social que político y administrativo, de los publicistas conservadores, que abrazados á la tradición catalana continuaban subordinándola á la tradición española, casi siempre á sus ojos superior como encarnación del principio monárquico, hasta el regionalismo político y administrativo de fisonomía federalista, el ciclo de modalidades y matices va pasando del dualismo psicológico á la afirmación unitaria de la personalidad catalana, germen del nacionalismo.

Con tanta variedad de matices, fué este un verdadero periodo caótico de incoherencias, contradicciones y vaguedades, en plena coexistencia de todas las concepciones y doctrinas, como si todas quisieran hacerse actuales, para contribuir al advenimiento de la síntesis.

Primer esfuerzo para llegar á ella, y esfuerzo potente de espléndido vuelo, fué la teoría de Almirall, nacida al encontrarse la corriente formalista, externa, exclusivamente jurídica del federalismo con el manantial fecundo del sentimiento catalán nutrido por la corriente histórica y literaria.

Parecía llegado el momento de que el principio sustantivo se encarnase, tomando forma tangible, pero no, no hubo encarnación, sino yuxtaposición: los dos elementos no se fundieron, marcharon juntos pero disociados, como el aceite y el agua.

En el gran libro de Almirall, sobre el catalanismo, pueden separarse todos los capítulos de la primera parte, verdadera exposición y defensa empírica del catalanismo, de los demás del libro en que se construye la teoría particularista y se aplica al problema catalán. Los unos no necesitan ni sirven de nada á los otros. Van encuadrados en el mismo volumen, pero no en un mismo sistema ó concepción doctrinal. Son dos edificios separados, con una cerca alrededor y un solo nombre encima.

En la parte destinada al catalanismo, con algunas notables originalidades en la exposición, no hace más que recoger las ideas que circulaban en los círculos y peñas de literatos, historiadores y artistas. Su obra personal, propia, es la otra, es el sistema particularista ⁽¹⁾.

(1) *Lo Catalanisme*; Barcelona 1886. En 1879 Almirall todavía usaba la denominación de *provincialismo*. En *Los fueros de Cataluña* de Coroleu y Pella y Forgas, se usa la palabra *región* aplicada á Cataluña, pero no se habla de *regionalismo* seguidamente, hasta la *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña* (1885).



La libertad —dice— es el mayor bien del hombre, pero no puede ser absoluta por el hecho de la coexistencia social, y vienen las limitaciones que armonizan la de los unos con la de los otros. El mejor sistema político, es aquel que permite una mayor libertad reduciendo más sus limitaciones. La libertad representa el principio individual, la igualdad el social ó colectivo; la una la variedad, la otra la unidad: por la una nos acercamos al polo de la *anarquía* en el sentido de minimum de gobierno, con la otra resbalamos hacia el autoritarismo. La libertad francesa, es igualdad, absorbe, destruye las variedades, nivela, aplasta; la libertad inglesa, es la verdadera libertad, es el *self government* ó gobierno de sí mismo, reconocido á los hombres, á las corporaciones, á los Municipios, á todas las entidades sociales: es el principio de autonomía. En el *self government*, se encuentra el maximum de libertad, con el minimum de limitaciones. La organización política que realiza sistemáticamente este ideal, es el Estado compuesto, formado de Estados pequeños, asociados ó federados, con una soberanía propia para la vida interna de cada uno, y una soberanía delegada para la representa-

ción exterior, guerra y marina, vida comercial, derechos individuales, comunicaciones, moneda, pesas y medidas; Estado compuesto que fomenta la variedad y con la variedad la lucha, y con la lucha el progreso, sumando todas las ventajas de los Estados pequeños con la fuerza y ventajas de los grandes Estados.

El defecto capital del sistema particularista, es el mismo del federalismo: no nos dice qué entidades han de formar Estados pequeños, ni cuáles han de constituirse en federación, ni se preocupa del criterio con que esta selección haya de hacerse. Nos da un procedimiento de unión ó de separación, según se aplique á sociedades unitarias ó á sociedades independientes, pero no nos da ningún criterio para saber lo que se ha de unir ó lo que se ha de separar, cuándo procede la federación que une lo desligado, cuándo procede la federación que desliga lo muy unido. Particularismo y federalismo hacen siempre lo mismo, nos dan el contrato pero se desentienden de las partes contratantes que han de firmarlo.

Como un detalle secundario, incidentalmente, al aplicar su teoría á España, dice —y es de todos los escritores del período

regionalista el que dice más— que los Estados miembros del Estado compuesto habrán de ser las grandes regiones que *habían sido reinos independientes*: Castilla, León, Galicia, Mallorca, Calaluña, Aragón, Valencia, Asturias, Navarra... Y también como postulado indiscutible, asimismo lo entienden los catalanistas de la corriente histórica y literaria, llevados ó mantenidos en este prejuicio, lo mismo que en el del regionalismo federalista, por el gran ejemplo de la monarquía federal aragonesa. Ni la sombra de una duda empañaba la convicción de los unos y de los otros.

Y no obstante, un empujón no más la derribaba. Principio elemental de toda clasificación es unir lo semejante, separar lo diferente, y cuando hay diferentes gradaciones de semejanzas y de diferencias, han de corresponder á ellas gradaciones de clasificación. Poner, pues, como miembros de una sola división Castilla, Cataluña, Valencia, Galicia, León, Vizcaya y Andalucía, sin tener en cuenta las mayores ó menores diferencias que unen ó separan las unas de las otras, es insostenible. ¿Por qué Extremadura y no la Mancha? ¿Por qué Asturias y no la Rioja?

Son grandes, totales, irreductibles las diferencias que separan á Castilla y Cataluña, Cataluña y Galicia, Andalucía y Vasconia. Las separa, por no buscar nada más, lo que más separa, lo que hace á los hombres extranjeros unos de otros, lo que según decía San Agustín en los tiempos de la gran unidad romana, nos hace preferir á la compañía de un extranjero la de nuestro perro, que al fin y al cabo, más ó menos, nos entiende: Les separa la lengua.

En cambio, ¿cómo se justificará la separación, en dos cuerpos diferentes, de Castilla y de León, de Castilla y León y Extremadura y Andalucía? ¿Dónde buscar las diferencias y, sobre todo, dónde encontrarlas? ¿Qué quedará después de un buen espurgo sino un palmo más de calañés ó unos palmos menos de calzón?

Motivo intrínseco, substancial, nacido en la naturaleza de las mismas sociedades unidas ó separadas, no existe; el motivo que las hace unir ó separar está fuera de ellas é independiente de ellas: es una supervivencia.

Los hechos consumados ligan tanto á los hombres, pesan tanto sobre el espíritu, que la existencia separada en Estados más ó

menos independientes, allá en el corazón de la Edad media, sugestionaba todavía á nuestros reformadores en pleno siglo XIX. El verdadero principio de clasificación era ese. Se hablaba de Castilla, León, Aragón, Cataluña, Asturias, Mallorca, por haber sido Estados independientes ó grandes provincias en otros tiempos: por nada más. No había ninguna otra razón. Esa era la grave, fundamental dificultad del regionalismo. Cuando los unitaristas hablaban de retrocesos, de atavismos y alegaban el hecho del Estado, de la existencia unitaria de España como argumento supremo, tenían razón. El Estado vivo pesa más, mucho más que una serie de Estados muertos.

Por eso, como si sintiesen la inconsistencia de su posición, daban al mismo tiempo argumentos fundamentados en consideraciones étnicas, lingüísticas, argumentos dislocados que suponían un concepto étnico de la región, contradicho siempre en las aplicaciones prácticas que hacían á las regiones españolas.

Esos argumentos, no obstante, son lo mejor de la obra de los teorizadores regionalistas, y con ellos y por ellos se hacen precursores y coadjutores del futuro naciona-

lismo. Almirall no pudo sustraerse á la diferenciación honda entre lo que él llama el grupo castellano y el grupo catalán y escribió sobre ello hermosas páginas. Y todos los escritores de aquel período y del anterior período provincialista, desde los precursores como Balmes, que al pasar el Ebro se encontraba mucho más extranjero que al pasar los Pirineos, hasta los que como Ixart escribían fuera del movimiento político catalán, todos, en una ú otra hora, sintieron en su espíritu la presencia de esa realidad transcendental.

CAPÍTULO III

GÉNESIS DEL NACIONALISMO

Romanticismo.—Los poetas, los historiadores, los arqueólogos.—Sentimiento de Patria.—La personalidad de Cataluña.—El catalanismo.—Ideas y tendencias que con él confunden.—El Derecho catalán.—El espíritu nacional en el arte.—Tradición del pensamiento catalán.—Nación y Nación catalana.—La Nación y el Estado.

EN medio de la revuelta incoherencia del movimiento catalán, marchaba siempre con paso firme y orientación segura un grupo de catalanes, pequeño al principio, como hilo de agua al iniciarse el deshielo, que murmuraba palabras extrañas, incomprendidas en el tráfago de nuestra sociedad. Eran los románticos, los sentimentales, los que reían y lloraban, eran los que amaban. Y el amor no se engaña nunca; por eso no se engañaron. En torno de ellos, políticos y abogados decían, que si provincialismo, que si descentralización, que si federalismo ó regionalismo; ellos repetían humildemen-

te la palabra del día, pero dentro de esa palabra ponían siempre lo mismo, ponían Cataluña.

Eran los enamorados de la lengua catalana, que lloraban humillada y maltrecha, de aquella lengua que buscaban amorosamente por valles y montañas, escudriñando la memoria del pueblo y las obras de las generaciones pasadas; eran los pacientes deletreadores de pergaminos, orientados siempre hacia el pasado, donde veían una Cataluña libre, fuerte, grande; eran los copiadores de canciones, los registradores de piedras viejas, los fervientes adoradores de catedrales y monasterios, buscadores del oro puro de la tradición catalana.

Los unos decían que la lengua era la Patria y la proclamaban reina, y nos la mostraban cubierta con un manto de pueblos, cortados por la espada del gran rey Jaime I; otros decían que lo que hace a los pueblos es la historia y nos recordaban los buenos tiempos de la nación catalana; otros querían que fuese la literatura, el arte, las costumbres... Y todos tenían razón, y todos á la vez.

De sus cantos y pergaminos, infolios, colecciones y fotografías iba surgiendo la

afirmación del ser de Cataluña. Pero no era bastante. La obra era incompleta. El ser de Cataluña seguía pegado como los pólipos del coral al ser castellano. Era una unidad, pero no se percataban de que estuviese separada de las demás. No veían la separación, no la sentían. La fuerza del hábito, del ambiente y de la educación, formaban en el espíritu de muchos de ellos un sedimento extraño, una segunda naturaleza, superpuesta, de elementos exóticos, que les privaba de ver, con toda claridad, la obra propia, los propios sentimientos. Lloraban los males de la lengua catalana y en su casa hablaban el castellano; enviaban á los Juegos Florales hermosas composiciones maldiciendo trágicamente los males de Cataluña, y fuera del recinto de los Juegos ya no se acordaban de Cataluña y se ligaban con sus enemigos, con los que la dominaban; el Estado existía en su alma, como existía en la de los políticos regionalistas del mismo tiempo, no como un Estado, sino como una realidad social ó étnica viva, cuya verdadera substancia era la modalidad étnica castellana.

Había que acabar de una vez con esa monstruosa bifurcación de nuestra alma, había

que saber que éramos catalanes y que no éramos más que catalanes, sentir lo que no éramos para saber claramente, hondamente, lo que éramos, lo que era Cataluña. Esta obra, esta segunda fase del proceso de nacionalización catalana, no la hizo el amor, como la primera, sino el odio.

Ya muchas veces, desde los primeros movimientos del alma catalana renaciente, los transportes de adoración iban acompañados de reproches á los causantes de las desgracias de la Patria, de cargos embozados, de inocentes amenazas, y con los años fué predominando esta nota. La obra de reconstrucción tropezaba siempre con el mismo obstáculo, los males de Cataluña venían siempre del mismo sitio; se tocaron y repasaron todas las paredes de la prisión y estalló potente, exaltada, vibrante la protesta. La fuerza del amor á Cataluña, al chocar contra el obstáculo, se transformó en odio, y dejándose de odas y elegías á las cosas de la tierra, la musa catalana, con trágico vuelo, maldijo, imprecó, amenazó⁽¹⁾. La reacción fué violenta: con esa justicia sumaria de los movimientos colectivos, el

(1) El discurso de Guimerá en los Juegos Florales de 1889, señala el momento culminante de esta fase.

espíritu catalán quiso resarcirse de la esclavitud pasada, y no nos contentamos con reprobarnos y condenar la dominación y los dominadores sino que, tanto como exageramos la apología de lo nuestro, rebajamos y menospreciamos todo lo castellano, á tuerzas y á derechas, sin medida.

Pero de esta afirmación y de esta negación surgió bien definida Cataluña, no en sus contornos físicos como entidad territorial, pero sí en su fisonomía moral, en su ser psicológico. La obra de aquellos hombres no fué una teoría, ni una doctrina, ni siquiera un programa; fué un sentimiento, el sentimiento de Patria, el *catalanismo*, que contenía, como la semilla contiene el árbol, el programa y la doctrina y la teoría. Sólo faltaba nueva tierra para plantarla, y nosotros vinimos á darle nuestros corazones, vírgenes de todo otro sentimiento y nuestros cerebros sedientos de nueva luz.

Esta es la filiación de nuestra doctrina. No son los equilibrios más ó menos ingeniosos del federalismo; no son vagas descentralizaciones de que tanto se nos da; no son la bondad y la belleza de nuestras costumbres, ni las ventajas de nuestro derecho, ni las virtudes y el valor de nuestra lengua;

no son los anhelos de buen gobierno y de administración civilizada. Es Cataluña, es el sentimiento de Patria catalana. Ser nosotros, esta era la cuestión. Ser catalanes.

Es claro que hay un nexo íntimo entre el catalanismo y esas tendencias y doctrinas que le han acompañado y con las que tantas veces se han confundido y disimulado. Cuando sube un hombre, suben con él familia, amigos, pueblo; cuando se remueven las entrañas de la tierra para parir una montaña, crujen y se dislocan las capas geológicas que la cubren, y con la nueva montaña suben y se elevan hacia las nieves perpetuas. Así, una verdad, una gran verdad, y ésta lo es étnica, moral, social, jurídica, económica, arrastra con ella todo un sistema de verdades secundarias, satélites del nuevo astro, que le acompañan en su revolución.

Descentralización, *self-government*, federalismo, Estado compuesto, autonomismo, particularismo, suben con el astro nuevo, pero no lo son. Una Cataluña libre podría ser uniformista, centralizadora, democrática, absolutista, católica, librepensadora, unitaria, federal, individualista, estatista, autonomista, imperialista, sin dejar de ser cata-

lana. Son problemas interiores que se resuelven en la conciencia y en la voluntad del pueblo, como sus equivalentes se resuelven en el alma del hombre, sin que hombre ni pueblo dejen de ser el mismo hombre y el mismo pueblo por el hecho de atravesar esos estados diferentes.

No es cuestión de buen gobierno ni de administración; no es cuestión de libertad ni de igualdad; no es cuestión de progreso ni de tradición: es cuestión de Patria. Esta es la gran enseñanza que sacamos de aquellos hombres, la piedra angular del edificio que íbamos á levantar.

Por eso, ahora que tremolamos al viento la bandera desplegada, en este momento de plena definición del ideal antes berroso, me complazco en declarar muy alto desde estas páginas, que sus poesías, sus obras, sus sueños y fantasías nos han formado; me complazco en bajar la cabeza ante los videntes, los poetas, los escudriñadores de archivos é investigadores de ruinas, que nos han dado á nosotros, los sociólogos y los políticos, todo lo que necesitábamos y lo único que necesitábamos: el alma de Cataluña.

Paralelamente á esta corriente había ido creciendo otra: la de adhesión á nuestro de-

recho civil. Las invasiones del derecho castellano promovieron una reacción, cada vez más vigorosa, á favor de nuestras leyes. Se exponían sus excelencias, se anotaban las apologías de la escuela positivista de Le Play sobre nuestra organización familiar, se vindicaba el *heren*, se ponía de relieve la misión económica y el valor social de la *enfiteusis*, se exaltaba con entusiasmo la libertad de testar...

Y al defender el derecho catalán, había que estudiar y defender el derecho romano que lo integra, y la consideración é investigación de la obra jurídica de aquel gran pueblo, llevó á nuestros jurisconsultos insensiblemente, naturalmente, suavemente, á la escuela de los romanistas alemanes, á la famosa escuela histórica.

Al calor de esta escuela, en la forma característica catalana que recibió de Permanyer y Tuyet y de Durán y Bas, se hizo nuestra educación jurídica. Nos hablaban del derecho como de una cosa viva, que va produciendo la conciencia nacional, espontáneamente, por una evolución constante; nos decían que el derecho como la lengua, son manifestaciones del mismo espíritu nacional. No sabíamos, no nos explicábamos

qué era ni cómo era ese espíritu nacional, pero lo adivinábamos. El derecho de Cataluña, aquel derecho vivo, la historia nos enseñaba que sólo era una rama del derecho total de Cataluña; Cataluña tenía un derecho propio; Cataluña tenía una lengua propia; Cataluña, pues, tenía ese espíritu nacional misterioso que al correr de los siglos va engendrando y renovando el derecho y la lengua.

Y entonces ahondaban en nuestro espíritu, para encontrarse, las dos ideas madres de nuestra formación intelectual y sentimental. Ese espíritu nacional sacado de la escuela, se juntaba con el sentimiento de Patria despertado por los historiadores y los poetas. Los historiadores nos hablaban de la *Nación catalana*, los poetas de Patria, los juristas de espíritu nacional y todos querían decir lo mismo: Cataluña, Patria, Nación, Cataluña...

Pero ¿qué era el espíritu nacional, qué era la Nación? Sentíamos la Patria pero no nos explicábamos su fórmula intelectual, Nación. Leíamos que era un organismo, y esta metáfora que, por todas partes nos encontrábamos, precisaba nuestras ideas, nos marcaba fuertemente la personalidad de la

Nación, como entidad absolutamente separada y diferente, pero no nos decía lo que buscábamos.

Los historiadores del arte nos hablaban del carácter nacional como de una gran fuerza moldeadora de las obras de los artistas, del carácter nacional que buscaban en las capas más hondas, más fuertes, más permanentes de las formaciones humanas, por debajo de las modas que pasan, de la historia que muda, de las civilizaciones que caen... Y nosotros recordábamos las frases de nuestros arqueólogos sobre el arte de Cataluña y sentíamos que también esa fuerza misteriosa actuaba desde las raíces de nuestra tierra, al lado de aquel espíritu nacional de los juristas y nos preguntábamos si serían la misma fuerza.

Y viene, entonces, un gran pensador y nos enseña que Cataluña no solamente tiene una lengua, un derecho, un espíritu y un carácter nacionales, sino que tiene también un pensamiento nacional, y va pasando por delante de nuestros ojos un rosario de grandes hombres de nuestra tierra y en cada uno nos hace ver cómo traduce y actúa algo común, permanente, desconocido, semejante al espíritu nacional que engendra el derecho

y la lengua, semejante al carácter nacional que transpira en las obras de los artistas (1).

Bien claramente dibujaba todo esto en nuestra alma la concepción nueva. Pero nos extrañaba que el conjunto, la síntesis que veíamos hecha no la viesen también los mismos que nos la presentaban. Y no la veían. En todos ellos, al lado del pensamiento capital que recogíamos como oro fino, encontrábamos la tierra que le cubría, resto de las construcciones que ellos mismos derribaban. Probábamos, á veces, á ponerlos ante el espejo de nuestra lógica que reflejaba el conjunto de la obra realizada, y no la reconocían.

Pero nosotros no dudábamos, no. Nosotros veíamos el espíritu nacional, el carácter nacional, el pensamiento nacional; veíamos el derecho, veíamos la lengua; y de lengua, derecho y organismo, de pensamiento y carácter y espíritu nacionales sacábamos la Nación, es decir, una sociedad de gentes que hablan una lengua propia y tienen un mismo espíritu que se manifiesta

(1) *La Tradició Catalana*. Estudio del valor ético y racional del regionalismo catalán, por Joseph Torras y Bages, Presbítero, 1882. En 1896 se hizo una segunda edición adicionada con un notable prólogo del propio autor.

uno y característico bajo la variedad de toda la vida colectiva.

Y veíamos más: veíamos que Cataluña tenía lengua, derecho, arte propios; que tenía un espíritu nacional, un carácter nacional, un pensamiento nacional: Cataluña era, pues, una Nación. Y el sentimiento de Patria, vivo en todos los catalanes, nos hacía sentir que Patria y Nación eran una misma cosa y que Cataluña era nuestra Nación, igual que nuestra Patria.

Si ser Patria, si ser Nación era tener una lengua, una concepción jurídica, un sentido del arte propio, si era tener espíritu, carácter, pensamiento nacionales, la existencia de la Nación ó de la Patria era un hecho natural, como la existencia de un hombre, independiente de los derechos que le fuesen, de hecho, reconocidos. El esclavo romano era hombre, aunque por las leyes de su tiempo fuese una cosa en manos de otro hombre, del hombre oficial que las leyes reconocían. La Nación era Nación aunque las leyes la tuvieran subyugada, como el esclavo romano, á otra Nación, á la Nación oficial, la Nación privilegiada. El hombre era hombre, aunque para la ley no lo fuese; la Nación es Nación aunque para la ley no lo sea.

De esta manera se disipaban en nuestro espíritu las confusiones que la imprecisión del lenguaje usado generalmente por todos, hacía nacer.

El Estado quedaba fundamentalmente diferenciado de la Nación, porque el Estado era una organización política, un poder independiente en el exterior, supremo en el interior, con fuerza material de hombres y de dinero para mantener su independencia y su autoridad. No podía identificarse el uno con la otra como se hacía casi siempre, hasta por los mismos patriotas catalanes que decían ó escribían Nación catalana en el sentido de Estado catalán independiente. Polonia, Hungría, Grecia, eran ejemplos contemporáneos que nos lo confirmaban. Polonia, al ser descuartizada, había perdido la organización política independiente; había dejado de ser un Estado, pero no había perdido la lengua, no había perdido el espíritu nacional, germen fecundo de su individualidad. Grecia, antes de emprender la lucha heroica contra los turcos que la esclavizaban, tenía la misma lengua, el mismo espíritu nacional que pudo más libremente manifestar, una vez conseguida su independencia, una vez constituida en Estado. Y en

nuestra misma casa nos lo encontrábamos: Cataluña siguió siendo Cataluña siglos después de haber perdido el gobierno de sí misma.

Así llegamos á la idea clara y neta de nacionalidad, á la concepción de esa unidad social, primaria, fundamental, destinada á ser en la sociedad mundial, en la humanidad, lo que es el hombre para la sociedad civil.

Las relaciones de la Nación con el Estado, la tendencia de cada Nación á tener un Estado propio que traduzca su criterio, su sentimiento, su voluntad colectiva; la anormalidad morbosa de vivir sujeta al Estado, organizado, inspirado, dirigido por otra Nación; el derecho de cada Nación á constituirse en Estado; la determinación del dominio propio del Estado nacional y del propio del Estado federal en las federaciones ó Estados compuestos, todo brotaba naturalmente: sólo faltaba relacionar la nueva concepción con los principios de la ciencia política.

¿Cómo fué surgiendo esta concepción, cómo, de qué manera fué manifestándose y desarrollándose?

CAPÍTULO IV

INICIACIÓN Y DIFUSIÓN DEL NACIONALISMO

El Centro Escolar Catalanista.—Tres discursos.—Primeros periódicos que acogieron la nueva fórmula.—Compendio de la doctrina catalanista.—Campanas periodísticas de espíritu nacionalista.—Conferencias en el Ateneo sobre la nacionalidad catalana.—Asamblea catalanista de Barcelona.—1.ª obra de Durán.

DE cuando en cuando, desde el comienzo del renacimiento catalán, en las colecciones de la prensa literaria catalanista, en discursos y memorias se evocaba la nacionalidad perdida, entendiendo por nacionalidad la perdida libertad política ó se entreveía la nacionalidad resucitada, es decir, una futura Cataluña libre⁽¹⁾. Otras veces se hacía de la nacionalidad algo actual, presente, vivo todavía. Coroleu y Pella y Forgas en la obra *Los Fueros de Cataluña* escriben el año 1878:

(1) Rubio y Lluch, y después Pló y Campamar formularon con claridad esta concepción, el uno en la *Revista Catalana* (1892), y el otro en el discurso presidencial de los Juegos Florales del mismo año.

«La unidad de la lengua catalana nos demuestra la de la nacionalidad. La idea de nacionalidad no ha de confundirse con la de *Nación*, por más que en el lenguaje vulgar, se usen á menudo como sinónimas estas dos palabras, ya que Nación es un Estado político soberano é independiente. A nuestro entender, la unidad de lengua es un lazo natural que hermana á los pueblos, creando las nacionalidades, y el pacto formado entre éstos, constituye *varias entidades políticas naturales* en una sola agrupación». Se está ya en el buen camino, pero pasan de largo y de prisa. Por otra parte no se percatan de que nacionalidad está, respecto de Nación, en la misma relación que humanidad respecto de hombre, esto es, en la relación de cualidad constitutiva de ser á ser concreto. La humanidad es el conjunto de elementos que forman el hombre, la nacionalidad es el conjunto de elementos que forman la Nación. Esto en el sentido natural de las palabras: ahora bien, si nacionalidad se toma en el sentido de sociedad concreta, entonces es sinónima de Nación y ninguna diferencia puede encontrarse entre una y otra.

Chispazos aislados como este surgen, de cuando en cuando, anunciando la nueva

concepción que se acerca; pero chispazos nada más, vagos, indeterminados, fuegos fatuos que se extinguen al instante.

La cuna de la nueva doctrina fué la asociación de estudiantes, Centro Escolar Catalanista, fundada en 1887 al amparo del Centre Catalá. Allí, en el corazón de aquella juventud inflamado por el sagrado amor de Patria, vino á crecer y á tomar cuerpo la nueva idea, vino á crecer y á definirse.

Durán y Ventosa desde la presidencia de la Sección de Derecho (1889), plantea el problema con precisión: habla del «nacionalismo, halla en la lengua, en el derecho, en la historia, su base, marca *las diferencias que entre las naciones que forman el Estado español existen*» (1).

En la misma asociación, pocos días antes, Puig y Cadafalch había sentido la obsesión de ese mismo problema. «Somos una voz en el concierto de los pueblos—decía—que resucitan, como si hubiesen oído divino mandamiento, señalando la hora de volver á vivir sobre la tierra las antiguas nacionalidades, patrias naturales». Y añadía: «Es que los pueblos no se borran de Real orden

(1) Sesión inaugural del curso en la noche del 23 de Noviembre de 1889.

sobre la tierra; es que las naciones nose forman con molde ni con artificios, es que la voluntad del hombre no hace desaparecer los caracteres de las razas». Y en estos caracteres, según Taine los describe, busca el fundamento, las raíces del Regionalismo.

«En la superficie hay costumbres é ideas, una modalidad del espíritu, la moda que dura tres ó cuatro años. Por debajo, las hay que duran veinte, treinta, cuarenta: más abajo las hay más firmes que duran un período histórico. Más adentro está el granito que no cambia, sin inoculaciones de sangre de distintas razas y son los caracteres de las nacionalidades: más hondas todavía están las capas desconocidas que hoy nos va descubriendo la lingüística, hermanando pueblos que habitan en lejanas regiones de la tierra, y más abajo todavía está lo común á la humanidad entera, especie de materia primitiva de donde han brotado el sin fin de caracteres de los pueblos, como de la primitiva materia caótica, brotaron el sin fin de rocas que forman los valles y las montañas (1).

El año siguiente, 1890, habiendo de dirigirme á mis compañeros de Universidad, desde el mismo lugar, en la inauguración

(1) Discurso Inaugural del Centro Escolar Catalánista, curso de 1889 á 1890.

de nuestras tareas, les hablé de la *patria catalana que, pequeña ó grande, es la única patria nuestra*, de la esclavitud de los hombres que ha pasado para siempre y *la esclavitud de las naciones que subsiste todavía*, de la lengua y el derecho, síntesis de la nacionalidad catalana.

«Contra esa tiranía —decía—, se alza potente la voz que aclama las nacionalidades naturales é históricas. «La política de las nacionalidades, está muriendo», decía hace poco el ministro Crispi, uno de los autores de la unidad de Italia. Desde su elevado sitio no atisba lo que pasa en el fondo de las sociedades: ve cómo zozobran aquellas unidades artificiales que él defendió, pero no se entera de que su agonía es la vida de las naciones verdaderas. Las nacionalidades que mueren son aquellas de que nos hablan los libros, las *grandes nacionalidades*, constituídas siempre en perjuicio de las patrias naturales por el poder avasallador de una nacionalidad, que en Francia será Neustría; en Bretaña; Inglaterra; en España, Castilla. Hoy ya, para muchos, España es sólo un nombre indicativo de una división geográfica, como lo es Europa. Hoy son muchos los que ven claro que España no es una Nación, sino un Estado: y que se penetran de la diferencia que va del *Estado* obra de hombres, entidad artificial, á la

Nación, entidad natural, producto de la espontaneidad del desarrollo histórico. Y somos muchos también los que penetrados de esta diferencia queremos que los Estados sean nacionales...»

Y terminaba:

«Pero yo quiero para mi patria, aun más que su libertad. Yo quisiera que Cataluña se penetrara bien de la significación y transcendencia de este movimiento social y comprendiera la gloria eterna que conquistará la nacionalidad que se ponga á la vanguardia del ejército de los pueblos oprimidos. Yo quisiera que esa nacionalidad fuese mi patria.

«Mi voz no es lo bastante potente para dirigirse á Cataluña; por eso me dirijo á vosotros tan sólo, que sois sus hijos más amorosos. Repetidla en todas partes, habladle no con la boca sino con el corazón, para que con el corazón os escuche; hacerle oír los rumores primeros de la revolución que se prepara; convencidle de la transcendencia de la gran obra; decidle que las naciones esclavas esperan, como la humanidad en otro tiempo, que venga el Redentor que rompa sus cadenas; haced que sea el genio de Cataluña el Mesías esperado de las naciones» (1).

En aquellos tiempos de lucha constante en defensa de nuestras ideas, motejadas,

(1) Discurso inaugural del curso de 1890 á 1891.

ridiculizadas y maltratadas de mil formas y maneras, la nueva concepción despertaba en todos nosotros los que íbamos trabajándola y en nuestros amigos más adictos que nos ayudaban, un vivo entusiasmo, un extraordinario espíritu de proselitismo. Tiempos de discusiones continuas, de apostolado individual de todos los momentos y en todos los lugares, aquel principio de la nacionalidad catalana, guardado y estimado como nuestro gran dogma, daba una seguridad y un aplomo que desconcertaba a nuestros enemigos, y era una posición inexpugnable, una fuente inagotable de argumentos abrumadores.

Uno de los primeros propagandistas de esta doctrina, Muntañola, iba sacando con gran espíritu dialéctico las consecuencias del principio establecido y se esforzaba por hacerlas públicas en la prensa catalanista de entonces. Pero la rutina nos cerraba todas las puertas, y las de *La Renaixensa* las primeras. Sólo dieron acogida a las fórmulas nuevas dos semanarios comarcales, uno de Villafranca y otro de Manresa; siendo el de Villafranca (*Las Cuatro Barras*), el primer periódico catalanista que se adhirió a ellas, bautizándose

con el subtítulo de *periódico nacionalista*.

Un concurso abierto por el Centro Catalán de Sabadell con el objeto de premiar un catecismo semejante al catecismo foral de Navarra, nos daba la ocasión ansiada de hacer aceptar nuestras ideas, y la aprovechamos. Con Muntañola, que entonces mismo estaba publicando una *Doctrina Nacionalista*, exponiendo con lógica crudeza el nacionalismo, escribimos el *Compendio de doctrina catalanista*, premiado en el concurso y del cual se hicieron en seguida dos ediciones, una de lujo y otra de propaganda de cien mil ejemplares, hace tiempo agotadas. En aquel compendio pusimos toda la nueva doctrina, omitiendo sólo la terminología propia, sustituida por la terminología más generalizada entonces: bajo los nombres viejos hicimos pasar la mercancía nueva, y pasó. Desde el lema, sacado de la crónica del Conde de Urgel en que se afirma la oposición entre los pueblos catalán y castellano, y la sujeción de nuestro pueblo, hasta la fórmula sintética de nuestras reivindicaciones: *Cataluña para los catalanes*, va desfiliando en preguntas y respuestas toda la doctrina nacionalista. Todo está

allí, lo más granado: que nada más hay patrias de una sola clase; que España no es nuestra patria, sino una agrupación de varias patrias, que el Estado español, es el Estado que gobierna la nuestra como las otras patrias españolas; que el Estado es una entidad artificial, que se hace y se deshace por la voluntad de los hombres, mientras la patria es una comunidad natural, necesaria, anterior y superior á la voluntad de los hombres, que no pueden deshacerla ni mudarla. Y definida la patria con sus caracteres fundamentales, se define Cataluña demostrando que tiene todos los atributos que constituyen la Patria ó Nación.

Un año después, pudimos disponer de un diario. *La Renaixensa*, tenía una vida muy pobre: nosotros, llenos del ansia de hacer, veíamos que no podían abrirse paso nuestras reivindicaciones sin una prensa fuerte y leída y ofrecimos á Aldevert nuestro activo concurso, á cambio de su promesa de gastar en mejoras materiales del mismo diario el aumento de suscripción y de anuncios que nuestra cooperación aportase ⁽¹⁾.

(1) En estas condiciones entramos en *La Renaixensa*, Puig y Cadafalch, Gallissá, Meliné y Brases y ya. Durán escribía ya allí y siguió con nosotros.

Nuestras campañas fueron de un espíritu intensamente nacionalista: evitábamos todavía usar abiertamente la nomenclatura propia, pero íbamos destruyendo las preocupaciones, los prejuicios y, con calculado oportunismo, insinuábamos, en sueltos y artículos, las nuevas doctrinas, barajando á intento región, nacionalidad y patria para acostumar, poco á poco, á los lectores.

Esta obra hizo su camino. El año 1897, después de dar en el Ateneo de Barcelona nuestras primeras batallas encaminadas á conquistar las grandes corporaciones barcelonesas, obtuvo la consagración de toda nuestra gente congregada en el salón del Ateneo, para escuchar las conferencias claramente, explícitamente nacionalistas organizadas con el plan de estudiar todos los elementos de la nación catalana é inauguradas con mi conferencia sobre *el hecho de la nacionalidad catalana* (2).

El golpe estaba ya dado; la nueva doctrina quedaba definitivamente consagrada.

(2) Salvo la de Durán y Puig, no todas las conferencias, muy notables por otra parte, respondieron exactamente á nuestro plan y á nuestro objetivo nacionalista. La mía, titulada «El hecho de la nacionalidad catalana», publicada entonces en *La Renaixensa*, como todas las otras, forma los capítulos V, VI y VII de este libro.

Tanto camino hizo desde entonces, que uno de los periódicos catalanistas que más difusión tenía por toda Cataluña, el quincenario *Lo Regionalista* cambió de nombre, estampando en la nueva cabecera estas palabras que resumían toda aquella elaboración doctrinal: *La Nación Catalana*; y La Unión Catalanista, agrupación del catalanismo histórico, en su asamblea de Barcelona de 1904, sustituyó con una declaración de fe nacionalista el programa detallado constituido por las antiguas y famosas Bases de Manresa.

Pero la manera como habíamos ido dando la nueva doctrina, á trozos y fragmentos, en diarios, revistas y conferencias, era muy abonada para producir confusiones é interpretaciones erróneas; que siempre el hombre llena las palabras que oye, las ideas que recibe con lo que él mismo lleva dentro. Por otra parte, las persecuciones injustificadas obligan muchas veces á usar acepciones inexactas y confusas, á encubrir ideas y doctrinas. Había, pues, que deshacer estas nieblas presentando los principios con toda la amplitud científica y la nitidez sistemática de que eran susceptibles, y de eso se cuidó Durán y Ventosa en su notable obra *Regionalismo y Federalismo*.

CAPÍTULO V

EL HECHO DE LA NACIONALIDAD

El hecho social y el hecho jurídico.—La nacionalidad en los geógrafos; en los historiadores; en los sociólogos.—Caracteres de la nacionalidad.

Los que han estudiado el problema de las nacionalidades, que ha preocupado todo este siglo á pensadores y políticos, se han ceñido principalmente á considerar el hecho jurídico. Destumbrados por el esplendor de las jerarquías oficiales, han creído que los pantalones de los soldados, las togas de los jueces, los uniformes de los guardias civiles ó de los gendarmes, la lengua en que se litiga ó en que se recurre, en que se pagan las contribuciones y multas, el derecho que estatuyen las asambleas, es decir, todo lo que divide ó separa á los Estados, divide también á los hombres ó sea á las sociedades que viven aprisionadas dentro de sus fronteras; han creído que separaban más á los

hombres que el derecho que vive en las costumbres, en los actos de la vida, que la lengua que se habla siempre porque es la que habla el espíritu consigo mismo.

Atraídos y sugestionados por el hecho jurídico no se han cuidado de observar el hecho social complejo, el hecho vivo, que habla hoy y ha hablado siempre á todos los que se han parado á observarlos, desde el explorador fenicio cuando recorría las costas del mundo antiguo para formar factorías mercantiles, hasta el positivista de nuestros tiempos que, bien poseído de los métodos de las ciencias naturales, emprende la clasificación biológica de las sociedades humanas.

Por eso se han acercado más á la solución los grandes historiadores y sociólogos que los políticos y los juristas. Aquéllos, estudiando la vida del arte ó la evolución de las ciencias ó los altos y bajos de las corrientes científicas, se han encontrado con el alma de los pueblos, refundida en el bronce de las estatuas, transpirando por el color y las figuras de las obras de los pintores, resonando en la música de los maestros, inspirando catedrales y monasterios, atrios y palacios, palpitando bajo las páginas de los

grandes prosistas y poetas, torciendo el vuelo de los pensadores, empujando la fuerza de los genios, impregnando de un ambiente singularísimo hasta las obras de los grandes fundadores de religiones y sectas, de los fautores de herejías y creadores de órdenes religiosas.

Geógrafos, historiadores, exploradores y sociólogos, todos los que han estudiado las sociedades tal y cuales son, tal como viven y sienten, tal como piensan y obran, y han podido relacionar y comparar las unas con las otras, han reflejado en las páginas de sus obras la imagen de esas asociaciones naturales, necesarias, que tiñen de un color originalísimo todo lo que, en su seno, se produce, desde la más elevada concepción intelectual hasta la obra más inconsciente del genio popular.

Cuando Hecateo y Herodoto, por ejemplo, emprendieron por primera vez la exploración del mundo antiguo, observaron que el traje, las costumbres, la fisonomía, la lengua de la ciudad A, eran iguales á las que descubrían en la ciudad B, C, D, vecinas suyas: iban siguiendo y cambiaba el poder político: aquí era una asamblea de ancianos, aquí, es un rey, pero la lengua y las costum-

bres y la fisonomía del conjunto no sufrían mudanza: atravesaban un río y á la otra orilla, bajo señores diferentes, encontraban la misma lengua, las mismas costumbres, les detenía un nudo de montañas, se arriesgaban por sus collados, salvaban la loma y la gente que se encontraba tenía ams diferentes pero seguía hablando igual y presentando el mismo aire de familia. Hasta que, de pronto, después de transponer una colina ó de pasar un río, ó de dejar atrás un arenal ó un yermo, veían construcciones de otro aspecto, les salía á recibir gente de otra fisonomía, vestida de otra manera, hablando un lenguaje diferente del que oían hasta entonces.

Al repetirse constantemente esta observación, un caso tras otro, le sugestionó vivamente y por eso todos la hacen siempre en sus obras: después de la indicación del nombre de Estado nunca dejan de añadir la indicación de que pertenece á tal ó cual de aquellos grandes grupos naturales: así después de nombrar á *Molybdana*, añaden en seguida *urbs* (en griego *polis*, es decir Estado) *Mastienorum*, *Ibilla urbs Tartessia*, *Crabasia*, *urbs Iberorum*, *Edetes*, *gens* (*etnos*) *Ibérica*, *Elesyci*, *gens Ligurum*, etc. Uno de los

más antiguos Skylax de Carianda comienza su *Periplo* de los litorales de Europa, Asia y Livia, diciendo que sólo hablará de esas grandes unidades naturales, *gentes*, y efectivamente nombra á los Iberos, á los Ligurios, después á los Tyrrenos, en seguida á los Latinos y cuando, al llegar á la Illiria, por ejemplo, detalla más sus indicaciones geográficas, á cada tribu que nombra hace constar que pertenece al grupo Illiriense.

Strabon, hace más todavía: en presencia de determinada población discute y entonces indica claramente el criterio de formación de esos grupos. Algunos historiadores habían presentado á los lucanos, brusianos y samnitas, como pueblos diferentes: Strabon examina las poblaciones de su tiempo y no sabe hallar el motivo. «Hoy —dice— no pueden distinguirse. Y la causa está en que ninguna de estas *gentes* conserva hoy la individualidad propia y han desaparecido las diferencias del lenguaje, de armadura, de vestido y otras de esta clase. Cosas como esta podríamos citar muchas: el geógrafo griego que se quejaba de que los romanos habían dividido los países con los accidentes geográficos en vez de hacerlo por las



afinidades naturales de los pueblos, surge á cada paso.

Esas mismas asociaciones espontáneas de hombres que los geógrafos describen, los historiadores las consideran como actores del drama de la historia.

El primero de todos, el más antiguo, comienza diciendo que va á contar las gestas de los griegos y es tan viva la idea de la solidaridad de aquellos grupos, que del robo de Io, hija del rey Inacos de Argos, por unos mercaderes fenicios, hace responsable, no al Estado á que pertenecían, ya fuese Tiro ya Sidón, sino á la Fenicia, y del deber de vengarlo á todos los griegos: lo mismo puede decirse del rapto de Europa, hermana de Cadmo, llevado á cabo por los cretenses y del de Meda, hija del rey de Colchos.

Por debajo de la diversidad de los hechos políticos de cada uno de estos grupos, descubren la unidad de un sistema, el nexo de un sentimiento común: y los que, en vez de estudiar la historia política, hacen la historia de la ciencia, del arte, del derecho, de las costumbres, de los idiomas, observan en el conjunto de obras artísticas, científicas y jurídicas de cada una de estas unidades so-

ciales, algo de común que las agrupa en diversidad de escuelas y tradiciones. Y hasta los historiadores de sectas y herejías, han bautizado con el nombre de *fletismo* el fenómeno curiosísimo de nacer y circunscribirse muchas de ellas, la gran mayoría, en el círculo de una de estas personalidades colectivas.

Los sociólogos, naturalmente, también las han visto y observado, pero así como los geógrafos se habían fijado en la fisonomía exterior y los historiadores en los actos de su vida, los sociólogos las descubren al querer investigar la esencia íntima del vínculo social, del hecho de la sociedad.

Y el hecho para los sociólogos es este. El hombre nace, crece, se forma y vive dentro de una sociedad. Viene al mundo con un cuerpo determinado, en el cual sus padres han dejado los gérmenes de predisposiciones fisiológicas y morales, una especie de residuo ó sedimento de toda su vida pasada influida y determinada por las condiciones del medio social en que va desarrollándose.

Su espíritu se despierta á la vida de la inteligencia con los acentos de una lengua determinada, que le da hechas y acabadas

las ideas y todo un sistema inflexible de vínculos intelectuales que se apodera de su entendimiento de niño y le pliega y moldea á voluntad.

Va creciendo y se enriquece con las ideas y enseñanzas que recibe de sus padres, de los parientes, de los amigos, de los maestros: ideas y enseñanzas que forman parte del patrimonio social, de la cultura de la sociedad en que las ha aprendido ó encontrado.

Su voluntad, su carácter se educa y constituye con los ejemplos que le rodean; se nutre del vigor ó la debilidad, de la franqueza ó la hipocresía, de la energía ó la flaqueza, del heroísmo ó la bajeza que ve florecer en su derredor.

La espontaneidad de su obra tropieza con el dique de costumbres y prácticas y tradiciones que le imponen toda una serie de obligaciones y le impiden hacer una porción de cosas. La sociedad le ha formado y él vive su vida. Todo ello, obra de la sociedad, constituye en el alma misma de los hombres, un trozo del alma social, su espíritu individual, queda orgánicamente soldado para siempre con el alma colectiva y por siempre también al lado de la vida propia

de la individualidad, vivirá como los pólipos del coral la vida compleja y rica de la comunidad.

La sociedad que da á los hombres todos estos elementos de cultura que los liga y forma con todos una unidad superior, un ser colectivo informado por un mismo espíritu, esta sociedad natural es la NACIONALIDAD.

Resultado de todo esto es, que la nacionalidad es una unidad de cultura ó de civilización: todos los elementos de esta clase, el arte, la ciencia, las costumbres, el derecho... tienen sus raíces en la nacionalidad. Pero hay más todavía y este hecho explica muchas confusiones y da la razón de muchas anomalías: el conjunto de determinaciones de la voluntad colectiva que forman la conducta política, es decir, la vida del Estado, son retoños que vienen del mismo tronco. Cuando se constituyó la monarquía española, si la actividad política fuese un producto del Estado, los gobernantes del nuevo Estado hubieran desarrollado una política nueva. Al Estado español le correspondía una política española. Pero las cosas pasaron de otra manera. Los gobernantes siguieron abiertamente la política de una sola

de las nacionalidades unidas, y es que, en el fondo, disfrazado con el nombre de *español*, gobernó, como sigue gobernando a España, el Estado castellano, ese Estado que, siguiendo la misma ficción, con el nombre de español nos impuso el derecho de Castilla, y con el nombre de española la lengua castellana. Lo mismo pasó al constituirse la monarquía francesa, lo mismo al formarse el imperio de Rusia, lo mismo al reunirse bajo la corona de Austria la Hungría y la Bohemia.

Por eso cuando á una nacionalidad se le despierta la conciencia de que lo es, trabaja en seguida para producir un Estado, expresión de su voluntad política, instrumento de realización de su política propia. †

CAPITULO VI

LA IDEA DE NACIONALIDAD

Impresión de conjunto de las diferentes teorías.—Doctrinas geográficas: los límites naturales.—El romanticismo.—La raza.—La individualidad social.—La escuela histórica.—La lengua.—El carácter nacional.—El organismo social.—El espíritu nacional.—Síntesis ideológica.—Territorio, raza, lengua, derecho, arte.—Lo que es la nacionalidad.

Las diferentes teorías sobre la nacionalidad, vistas de lejos, observando su conjunto de una sola mirada, pierden la aspereza del aislamiento; su individualidad se borra para dar vida á un sistema orgánico de grandes corrientes ideológicas, que empalman con las de la ciencia y dan vida y relieve á la fórmula ó noción más exacta de la nacionalidad.

El materialismo del siglo XVIII, preparado por el escepticismo lleno de *bonhomie* de los grandes escritores de los siglos XVI y XVII, es la fuente de la primera de estas grandes corrientes de ideas. Cuando impe-

raba en filosofía el sensualismo de Locke y Condillac y en el derecho el legalismo cesarista de los romanistas y el utilitarismo de Bentham, y comenzaba el ciclo grandioso de las invenciones mecánicas y crecían, á paso de gigante, las ciencias de observación de la naturaleza física, era lógico y natural que la vieja idea de la influencia del ambiente material sobre el hombre, sostenida siempre desde Aristóteles á Egidio Romano y á Ben Jaldun, desde Huarte á Montesquieu, fuese elevada al extremo á que la elevó Herder cuando decía: dadme la estructura de un país y yo os diré su historia. «Antes de que en el mundo hubiese pasado nada —añadía— las cadenas de las montañas, los pliegues del terreno, las corrientes de los ríos y de los arroyos marcaban ya con líneas imborrables la fisonomía futura de la historia. Que una de estas comarcas cambie de forma, que aquí avance un estrecho, que más allá se abra un canal: los progresos y la ruina del mundo, la suerte de los pueblos y de los Estados, en el transcurso de los siglos recorrerán muy diferentes trayectorias». La acción del clima sobre el hombre, atraía también los entendimientos, y la veían tan poderosa que, según unos, penetra

y modifica la naturaleza orgánica, según otros, transforma la configuración del cuerpo, los modos de vivir, los placeres, las ocupaciones, hasta el alma misma de los pueblos. Una vez dado el impulso, la influencia del ambiente físico fué la causa de todo: de la libertad y de la tiranía, del valor y de la cobardía, del espíritu de conquista y dominación, de la organización de la familia y demás instituciones jurídicas, del espíritu progresivo ó el de rutina, de los caracteres y especialidades de las lenguas, de la fisonomía característica del arte, de la orientación de la literatura, en una palabra, de la vida social entera.

Con esta gran corriente se enlazan todas las utopías de los límites ó fronteras naturales, de las unidades geográficas circunscritas á veces por el curso de los ríos, otras, por cadenas de montañas, según convenía á la concupiscencia de los conquistadores ó de los tiranos: vieja concepción nacida en las tradiciones de la administración romana, resucitada en la época moderna con tantas otras cosas de la civilización pagana, por los aprendices de César que ocupaban los tronos de Europa y por los estadistas y escritores que les ayudaban. Todos buscaban

los límites naturales de los pueblos en las lindes de las grandes provincias ó prefecturas romanas, las unidades territoriales por excelencia: Galia, Italia, Britania, Hispania.

Pero los adelantos de las investigaciones geográficas, bien pronto evidenciaron que á todos esos territorios les faltaba en absoluto la unidad de terreno, de estructura, de clima, y demás condiciones de esta índole, indispensables para constituir lo que alguien ha llamado *nacionalidad geográfica*. Por eso la crítica se apartó de esas falsas concepciones y buscando la unidad geográfica verdadera, fué á parar á la conclusión radical de Odyseo Berot: *la nacionalidad es una cuenca hidrográfica*, fórmula postrera y más científica de este movimiento ideológico que afirma la existencia de numerosas nacionalidades dentro de los Estados modernos de Europa.

Al mismo tiempo que esta corriente materialista hacía al hombre esclavo del fatalismo de la naturaleza física, el idealismo abstracto y generalizador que en el siglo XVIII y principios del XIX llegó a la cima de su esplendor con el triunfo del doctrinarismo apriorista de la Revolución francesa, ver-

dadero apogeo del renacimiento del cesarismo latino, provocó una reacción vigorosa, que iniciada ya tiempo atrás, por los estudios de algunos insignes pensadores, recibió el impulso decisivo con la gran revolución romántica, poderoso cambio de ideas y sentimientos, admirable por su fecundidad, por la universalidad de su influencia y por la gran variedad de matices que la formaban. La gente de Europa se sintió, de pronto, fatigada de pasear el espíritu por los pórticos de la civilización grecolatina; el peso del convencionalismo clásico le oprimía el alma, la frialdad del artificio le llegaba al corazón: como mujer histérica tan pronto sentía grandes ansias de reír, como deseo invencible de llorar, y de este estado de espíritu, de este sentimentalismo enfermizo en que le sorprendió la conmoción de 1790, nació la añoranza del pasado, la nostalgia de la vida de las primeras centurias, la sed de sumergir otra vez su espíritu en la misteriosa idealidad de los templos góticos, en que se paseaba de niña, de transitar por los patios y las salas de los castillos señoriales, de hablar las lenguas populares que entonces se hablaban, de tratarse con gentes como los rústicos sol-

dados de entonces, toscos pero sencillos, duros pero espontáneos, ignorantes pero hombres, no figuras de salón montadas para hacer genuflexiones y cortesías, como los huéspedes de la Corte de Versalles.

La sociedad sentía la nostalgia de la fuerza, de la vida que vuelve y rebosa, y como la vida es realidad, detrás de los poetas del romanticismo vinieron los hombres de ciencia, detrás de Chateaubriand que se complace en pintar la Francia de Clodoveo, Thierry, el historiador artista que se siente de momento herido por la intuición del papel de las razas en la vida de los pueblos, y se eleva á la concepción etnológica de la historia, detrás de Herder, la pléyade de los folk-loristas, y después los jurisconsultos y los gramáticos y los filólogos.

Al principio se miró el hombre exterior: el traje, el color de los ojos y del cabello, el tono de la piel, la ferocidad ó dulzura de la mirada, todos los detalles etnográficos que dan la visión exacta, pero externa no más, de los hombres y de las razas. Por aquí se empezó, pero en seguida se quiso saber algo más íntimo: cuando la fisiología hacía tan admirables progresos y el estudio del organismo había engendrado los extremos

del sistema de Gay y de los frenólogos, era imposible que no se dedicasen los investigadores á medir las dimensiones del cráneo y á fijar su configuración, á precisar el ángulo encefálico, á determinar la alzada y demás circunstancias del esqueleto de las razas, consideradas como variedades fisiológicas de la especie humana.

He aquí la gran corriente antropológica, por tantos tropiezos retrasada y por tantos prejuicios y errores desnaturalizada. Hoy comienza á entrar en su círculo propio, después de haber querido invadir tierras que no le pertenecían y de haber sido rechazada. Al principio, raza se hacía sinónimo de nacionalidad: era usual y común traducir *stnos* y *natio* ó *gens* por raza; de esta ampliación del sentido propio de la última palabra, nació la confusión de la *raza histórica* ó variedad de la especie de las sociedades, con la *raza antropológica* ó variedad de los individuos de la especie humana, considerados aisladamente, uno por uno, destigados de todo vínculo de sociedad. La fórmula de esta confusión, es la afirmación de que la *nacionalidad es una raza*.

El vuelo inmenso de los estudios históricos, se manifestó en algo más que en las

investigaciones antropológicas, y al mismo tiempo que las variedades fisiológicas, observaron los pensadores é historiadores las variedades sociales y de civilización ó cultura, las razas históricas, las grandes individualidades colectivas ó *nacionalidades*.

El hecho de las nacionalidades sugestionó poderosamente á los grandes escritores alemanes del siglo XVIII á la hora misma en que más se llenaban la boca de humanidad, y más se cubrían exteriormente de un falso barniz de cosmopolitismo. Estaban en pleno renacimiento nacionalista: todos trabajaban, cada uno en su esfera, para desterrar la influencia extranjera: los unos, para regenerar la humilde y arrinconada lengua alemana, los otros para quitar á la literatura germánica el carácter de sucursal de las literaturas francesas é inglesa: los jurisconsultos, para mantener la integridad del derecho germánico, amenazada por el fantástico uniformismo de la codificación *a priori*, vehículo de la introducción de la influencia francesa en el sistema de la vida jurídica nacional; los filósofos para crear una metafísica tan original y característica, tan impregnada del espíritu germánico, que es el más claro y más fiel espejo del genio

de Alemania. Se encontraban con un país al que el renacimiento clásico y el predominio de la cultura francesa habían convertido en yermo, en tierra estéril, hecha á propósito para que en ella creciesen infecundos imitadores, entendimientos dislocados de nacimiento, de esos que surgen expresamente para renegar de las cosas de la tierra y hacer de tornavoz de las modas forasteras; y por eso, todos, con más ó menos clarividencia, todos sintieron la nostalgia de una Germania germánica y volvieron con respeto y amor la mirada hacia la Edad Media, donde la vieron grande y pura tal como ellos la deseaban. Fenómeno curiosísimo, propio de todos los renacimientos, que se ha repetido entre nosotros con la misma intensidad y persistencia.

La individualidad de las naciones surge con vivísimo relieve en las obras de los pensadores de aquel siglo, sobre todo en las del hombre de las grandes intuiciones, Herder.

La humanidad se presentó á su mirada como una familia de pueblos ó naciones cada una singularizada por un carácter determinado, cada una en posesión de un temperamento y una fisonomía especialísimos. Todas las escuelas realistas posterior-

res recogen esta idea, la reproducen, la bor-
dan y trabajan, dando relieve á sus deta-
lles, uno tras otro.

La escuela histórica, presentida por Cuyás
y Vico y fundada por Hugo, Niebhur y Sa-
vigny, fué la reacción del derecho vivo de
los germánicos contra la invasión de una
legislación extranjera, la francesa, que lla-
maba á las puertas de todas las naciones,
como portavoz de la justicia universal y ab-
soluta, del derecho abstracto, recogido en
los alambiques de la razón dialéctica. El
derecho es un fruto de la conciencia del
pueblo, que lo hace á su semejanza y según
sus necesidades; es un producto del espíritu
nacional, fuente de la vida entera del pue-
blo, principio y razón de todas sus manifes-
taciones. No es obra arbitraria de la razón
abstracta, sino substancia viva del organis-
mo social, sujeta al proceso del desarrollo
orgánico ó de la evolución natural. Cada
pueblo tiene su derecho, que es el único que
se amolda á sus necesidades y responde á
la idiosincrasia de su temperamento. La
consecuencia lógica é indeclinable de estas
premisas, se sacó en seguida: allí donde
hay sistemas jurídicos diferentes, hay tam-
bién diferentes pueblos, diferentes naciona-

lidades. La nacionalidad es, pues, también *un criterio ó sentimiento jurídico original*.

La conexión de la lengua con el derecho fué uno de los *leit-motiv* más constantes de la escuela histórica; son elementos de la misma individualidad social concreta; producto de aquella misma fuerza misteriosa. La lengua es también un producto natural, no el resultado de una convención ó del artificio de un hombre. «Una lengua —decía Herder— es un todo orgánico que vive, se desarrolla y muere como un ser viviente; la lengua de un pueblo es, por decirlo así, el alma misma de este pueblo hecha visible y plástica.»

Para conocer un pueblo hay que poseer su lengua, para apreciar su literatura hay que conocer la lengua en que está escrita. Cada nación piensa como habla y habla como piensa. Querer reformar una lengua como se cambia una ley, es una empresa ridícula; quitarle los idiotismos es quitarle su fisonomía original, es desfigurarla, en vez de ennoblecirla. Cuando se habla de dar más dulzura á lengua alemana, lo único que se demuestra es el desconocimiento de lo que es una lengua. El alemán no es áspero ni bárbaro; esta reputación la han fabri-

cado las gentes que no lo hablan. Tal como lo han hecho las generaciones, es el molde que se ha construido el pensamiento alemán y el único que le cuadra. El que atente á la lengua de un pueblo, atenta á su alma y la hiere en la fuente misma de su vida. Hay que buscar la riqueza de la literatura medioeval; allí se encuentra el genio alemán antes de ser deformado por la influencia latina y la francesa.

Esta convicción sobre la naturaleza de las lenguas, tan distante de la que dominaba en los tiempos del renacimiento clásico, reaparece siempre, en una ú otra forma, en los pensadores alemanes y en los que les siguieron. Se inicia, como consecuencia, el estudio científico de las lenguas, nace la filología comparada, se sacan del polvo de los archivos los viejos códices de lenguas menospreciadas, se admiran las obras de los poetas, tanto de los que hacían resonar con serventesios y endechas de amor las cortes señoriales del Langtledoc y la Provenza, como de los rústicos pastores de la Finlandia, tanto de los que paseaban la lengua de Suebia por los empinados castillos de la tierra germánica, como de los que, con la gaita al cuello, recorrían las tribus de Escocia re-

creando á los montañeses del Higland, con las gestas de sus héroes legendarios.

Todas las lenguas que una larga sujeción política mantenía aletargadas, sintieron acercarse un vigoroso vendaval que las llevaba oleadas de aire respirable y se estremecieron con el profundo espasmo de la vida que vuelve: «despierta, dices dormido --había gritado una voz poderosa--, despierta pueblo alemán, no te dejes arrebatarse tu *palladium*», y esa imprecación que el miedo de ser destruida por una lengua extranjera había arrancado al alma germánica, resonó por toda Europa, y los pueblos esclavos se alzaron enardecidos y se aferraron con creciente energía á sus lenguas propias. Estalla entonces en Europa un grandioso renacimiento literario en el cual toman parte todas las lenguas; y conducidas por la gran revolución romántica, todas las arrinconadas hasta entonces, se hacen oír en el concierto universal de las letras. Provenzales, tchecos, húngaros, flamencos, finlandeses, polacos y tantos y tantos otros volvieron á honrar y cultivar las lenguas respectivas. En todas partes la lengua era instrumento de la resurrección del pueblo. No hay que decir, por lo tanto, si fué poderosa

la corriente ideológica que nutrida por fuentes tan fecundas hace de lenguas y nacionalidades una misma cosa. Ya Leibnitz observaba al principio del siglo XVIII que «los mapas dan á conocer los límites de los Estados, pero no los de las naciones, que surgen, al contrario, de la armonía de las lenguas», y después de él lo han dicho y repetido innumerables pensadores y lo dicen y vuelven á decir todavía. Los pueblos mismos así lo declaran, y tanto y tanto valor reconocen á la lengua que, según uno, el flamenco, *la lengua es toda la nación*; y según otro, el magyar, *la lengua es la misma nacionalidad*.

Otra rama derivada del mismo tronco que las dos de que acabamos de hacer mención, es la corriente de la estética sociológica. En vez de ver en la obra de arte un producto aislado, fruto arbitrario del artista, la crítica moderna se dió cuenta de que es un producto natural de un sistema de causas sociológicas; quiso averiguar por dónde penetraban sus raíces, de qué tierra se nutrían, y hurgando, hurgando, encontró el granito durísimo y permanente de los caracteres nacionales. Y comparando las obras de arte unas con otras, descubrió que

hay algo de común en las obras de un país que lo mismo se encuentra en los lienzos de los pintores que en los templos y palacios, en las estatuas y en las obras literarias, lo mismo en las de hoy, que en las de ayer y que en las de siempre: ese nexo común es el sello del *carácter nacional*.

Las tres grandes corrientes anteriores, tienen por postulado imprescindible la creencia en el carácter orgánico de la sociedad: por ellas, el derecho y la lengua, lo mismo que el arte, son substancia viva sujeta á las leyes de la evolución orgánica; la individualidad social, de la cual son partes esenciales, ha de ser también, en consecuencia, un organismo. Pero esta idea era demasiado transcendental para contentarse con estudios hechos de pasada: tenía que formar también escuela, y la formó.

Schelling fué el hombre que generalizó el concepto introducido por De Maistre de la evolución orgánica, de que la sociedad es un organismo y de que la evolución social es esencialmente orgánica. Y esta idea fué acentuándose, como reacción natural é inevitable contra el individualismo atómico que iba invadiendo las instituciones y las leyes, después de haber dominado y

dominar todavía en la ciencia. Krause la recogió é hizo de ella continuas aplicaciones, la reproduce á cada instante, se apoya en ella á cada paso, á cada momento recoge el paralelismo entre el organismo individual del hombre y el organismo social, de tal modo, que viene á constituir, respecto de Krause, una idea fija, una obsesión constante. Transmitida después á la pléyade de pensadores posteriores la equiparación de sociedad y organismo, ya no puede ir más allá: Comte, y sobre todo Spencer, Lilienfield y Schäffe, la aceptan y trabajan con tanto amor y constancia, que se forma una ciencia nueva, la ciencia de moda en el siglo xix: la Sociología.

Los métodos positivistas trastornando las ciencias sociales, sembrando en ellas de todo, trigo y cizaña, semilla buena y mala, las han sacado del dominio de las falsas concepciones de las escuelas abstractas, las han limpiado del estéril individualismo que las desnaturalizaba. Del individuo-dios, del subjetivismo de Fichte, fórmula suprema de la exaltación del hombre, se ha pasado al individuo-cero, al individuo-nada, y así como para los aprioristas del siglo xviii, todo salía del hombre, todo era producto.

de su voluntad soberana: la sociedad, el derecho, las instituciones, las costumbres, las artes, para los ultrarradicales de la ciencia contemporánea, el hombre es un producto de la sociedad, la fuerza de la comunidad es la que ha hecho la especie humana.

Dentro de estas escuelas orgánicas se hizo en seguida una distinción fundamental entre el Estado y la sociedad, es decir, entre el organismo social entero considerado en su unidad y una parte del mismo, el aparato de las funciones políticas, é hicieron de la palabra Nación, la denominación propia de la unidad social concreta de la totalidad del *organismo social*.

Todas las escuelas y corrientes científicas que, dejando á un lado la abstracción artificiosa, volvían los ojos á la realidad y estudiaban directamente las sociedades, tropezaban en seguida con lo mismo: todas encontraban en definitiva una fuerza desconocida y poderosa que era la fuerza inmensa que aparecía engendrando el derecho, la que alumbraba las lenguas y las marcaba con un sello característico, la que creaba un arte original, la que hacía circular calor de vida por los tejidos del organismo social. Los unos la llamaban *el alma del pueblo*,

los otros *conciencia pública*, muchos *espíritu nacional*.

Los discípulos de Herbart, fundador de la psicología moderna, se encargaron de la hermosa tarea de estudiar el espíritu de las naciones, fundando la *Völkerpsychologie* ó psicología de los pueblos, ciencia encaminada á estudiar el alma de las razas.

Los pueblos, según esta gran escuela, son principios espirituales. En vano se querrá dar de ellos una definición geográfica, etnográfica ó filológica. El ser y esencia del pueblo, están, no en las razas ni en las lenguas, sino en las almas. La nacionalidad es, pues, un *Volkgeist*, un espíritu social ó público.

Todas estas grandes corrientes ideológicas, movidas muchas veces por una tendencia exclusivista y parcial, acaban por encontrarse y formar una sola, que resuelve sus antinomias en una unidad superior.

La idea de la nacionalidad viene á ser la flor de toda esta elaboración científica. Cada una de las grandes corrientes examinadas, aporta un elemento: con sólo agruparlas en unidad sistemática, tendremos la fórmula ideológica de la nacionalidad.

La una nos aporta el territorio, la otra

pone las razas, viene después la que pone en boca de éstas una sola lengua, la que les infunde un solo criterio jurídico, la que les da el mismo sentimiento del arte y de la vida; llega entonces la que comunica estructura al conjunto; en último término comparece la escuela psicológica y le transmite la fuente de la vida, le da el alma colectiva. ¿Pero es igual el valor de todos estos elementos? ¿Es idéntica la importancia de su aportación?

El primero de estos elementos es la tierra. En la juventud de los pueblos, la tierra obra sobre los hombres y los amasa á semejanza suya; representa una acción continua ejercida por las impresiones que entran por los ojos, por los productos que restauran las fuerzas físicas, por las plagas que forma, por los esfuerzos que exige, por las necesidades que engendra, por el temple que da al cuerpo y al espíritu, por los portillos naturales que abre á las civilizaciones y razas forasteras ó por los obstáculos con que estorba la introducción de su influencia.

Pero no basta esto para formar los pueblos. Los turcos viven hace cien años en la misma tierra que los griegos y no han perdido su carácter étnico. El habitar en la

llanura ó en las montañas, no borra las líneas fundamentales de la fisonomía nacional. El mar no hace siempre marítimos á los pueblos que viven en las costas. Bajo la acción de las mismas llanuras y del mismo clima, se forman pueblos tan diferentes como el polaco y el prusiano, símbolo el primero del individualismo enérgico, apóstol el segundo del autoritarismo despótico; aquél, padre de una república coronada, de una monarquía electiva, el último, autor de la divinización del Estado, de la fórmula del Estado-Dios. Desde hace siglos, en los inmensos valles de Hungría viven sometidos á las mismas influencias magyares, eslavos y rumanos, y las diferencias que separan á los tres pueblos son tan vivas hoy como el primer día.

Y es que el hombre nace miembro de una raza, recibe por herencia los caracteres que un trabajo de siglos ha acumulado. No es cera dúctil que espera el molde, sino metal ya forjado que resiste la presión de los agentes naturales. La raza es, pues, otro elemento importantísimo. Ser de una raza quiere decir tanto como tener el cráneo más ó menos largo ó amplio, alto ó achata-do, poseer un ángulo encefálico más grande

ó más pequeño, ser de complexión orgánica fuerte ó débil, ágil ó pesada, delicada ó grosera, estar inclinado á tales pasiones ó vicios ó á tales cualidades ó virtudes.

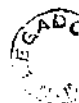
Pero la raza no es la nacionalidad, por más que sea un factor importantísimo. La estatuaría griega demuestra hasta la evidencia que en el pueblo griego había gentes de todas clases: dolicocefalos y braquicefalos. Sócrates, Platón, Lysias, Eurípides, entre otros, pertenecían, evidentemente, á una raza distinta de la de Pericles, Milciades y Sófocles; la Psiquis del museo de Nápoles, Ares y Palas Atenea de la Gliptoteca de Munich, no tienen nada de común con el Axiokersos y Kasnilos del Vaticano, ni con el Apolus Didimiano de Kanacos de Sicione. En las obras de Homero y de Píndaro, lo mismo que en las de los historiadores, se transparenta también la existencia de una raza de ojos azules y cabellos rubios, y una raza de cabellos negros y piel morena. La misma variedad declaran los monumentos egipcios: la misma se encuentra en todas las nacionalidades, por antiguas que sean. Y en todas las nacionalidades de ahora poco observador se ha de ser, para no enterarse de que hay de todo: cabezas semíticas, ca-

bezas de bola, tipos germánicos, cráneos alargados, matices de los ojos, de la piel y de los cabellos de todas clases.

Y el organismo, la lengua, el derecho, el arte, ¿son la nacionalidad? No. Cuando observéis al hombre visible, buscad al hombre invisible. Las palabras, los gestos, el vestir, la manera como dispone su casa, sus escritos, sus obras de arte, sus empresas industriales ó mercantiles, «todas estas exterioridades no son más que las avenidas que se reúnen en un mismo centro y sólo con seguir las llegaréis á él: allí está el hombre verdadero, es decir el grupo de facultades y de sentimientos que produce todo lo demás». Asimismo el arte, el derecho, la lengua, son las grandes avenidas que van á parar al alma de la sociedad, al conjunto de facultades y sentimientos que ha hecho, tal y cuales son, el derecho, el arte y la lengua.

El derecho, sobre todo, tal como lo entienden los aprioristas, es hijo de un acto de voluntad del que tiene la fuerza, va de arriba á abajo, el soberano lo impone al pueblo. Si Napoleón hubiese dominado á Europa, su Código civil regiría en toda ella, como rige en Francia indistintamente sobre los dos

grandes grupos de población que la constituyen, aun poseyendo tradiciones jurídicas tan opuestas. Pero si el derecho ha nacido espontáneamente, por la costumbre, libre de toda presión extraña ó externa, entonces la unidad del sistema jurídico es una demostración de la existencia de la nacionalidad. Por otra parte, en manos de un Estado nacional, el derecho es un arma poderosa de nacionalización, porque informándose en las aspiraciones de la nacionalidad, crea un sistema de vínculos jurídicos, que sujeta á la sociedad á una disciplina vigorosa, anudándola más y más al genio del espíritu nacional y reaccionando sobre éste á la vez.



La nacionalidad que ha sabido producir un arte original, ha dado una de las más hermosas fes de vida que puede dar un pueblo. Pero lo mismo que el derecho, cuando no es hijo de ninguna imposición, no hace la nacionalidad, sino que es hecho por ella; lo mismo que el derecho es una de las obras principales del alma del pueblo.

El pueblo que no ha sabido construir una lengua propia, es un pueblo mutilado, porque la lengua es la manifestación más perfecta del espíritu nacional y el instrumento más poderoso de la nacionalización, y por lo

tanto de la conservación y vida de la nacionalidad.

El pueblo es, pues, un principio espiritual, una unidad fundamental de los espíritus, una especie de ambiente moral, que se apodera de los hombres y los penetra y los moldea y trabaja desde que nacen hasta que mueren. Poned bajo la acción del espíritu nacional gente extraña, gente de otras naciones y razas, y veréis cómo, suavemente, poco á poco, va revistiéndolas de ligeras pero sucesivas capas de barniz nacional, va modificando sus maneras, sus instintos, sus aficiones, infunde ideas nuevas en su inteligencia y hasta llega á torcer poco ó mucho sus sentimientos. Y si en vez de hombres ya hechos, le dais niños recién nacidos, la asimilación será radical y perfecta.

El espíritu nacional no existiría, no se hubiera formado, si la estructura ó la situación del territorio no hubiera sometido á su población á las mismas influencias, si una promiscuidad de las razas no hubiera engendrado ciertos tipos físicos medios ó hecho prevalecer una raza determinada sobre las demás, si la unidad de lengua no hubiese vaciado en un molde único el pensamiento nacional. Pero una vez constituí-

do, sólo la destrucción del pueblo puede aniquilarle; caerá el derecho, enmudecerá la lengua, se borrará hasta el recuerdo de su existencia, mas por debajo de las ruinas seguirá latiendo el espíritu del pueblo, prisionero del derecho y la lengua y el poder de otro pueblo, pero luchando siempre y aguardando la hora de hacer salir otra vez á la luz del día su personalidad característica.

CAPÍTULO VII

EL HECHO DE LA NACIONALIDAD CATALANA

La *etnos ibérica*.—La unificación romana.—Triunfo de las nacionalidades esclavizadas.—La lengua catalana.—El espíritu nacional.—Ampurias.—El arte de Cataluña.—El espíritu mercantil.—Criterio jurídico y político de las tierras de lengua catalana.

CUANDO el viajante fenicio que copió Avienus recorría 500 años antes de J. C. las costas del mar Sardo, se encontró allí la *etnos ibérica*, la nacionalidad ibera extendida desde Murcia al Ródano; es decir, desde la gente libo-fenicia de la Andalucía oriental, hasta los ligurios de la Provenza. Aquellas gentes son nuestros antepasados, aquella *etnos ibérica*, el primer anillo que la historia nos deja ver de la cadena de generaciones que han forjado el alma catalana.

La falsa posición del territorio que ocupaba, abierto por todas partes y colocado materialmente en el camino de las masas

invasoras, fué fatal para nuestro pueblo. Los ligurios pasaron el río y Hecateu los encuentra ya en Narbona, Sylax de Carriande y Eskimio de Chio, dominando á los iberos desde el Ródano, hasta Ampurias. Por la parte del mediodía, las tribus fugitivas de Tartesia, habían invadido también la tierra ibera, estableciéndose en la Edetania, la moderna Valencia, donde las vió Herodoto.

Detrás de los vencidos, los vencedores: detrás de los tartesios, los cartagineses: primero las islas de Mallorca, después, todas las tierras del Pirineo acá fueron cayendo bajo su dominio. Mientras tanto por la parte del norte, las tribus galas extendían cada vez más su imperio. Un día la tierra catalana se estremeció toda, sintiendo pasar todo el poder de Cartago hacia Italia, y aun no se había repuesto de la impresión de aquel espectáculo, cuando desembarcaron en sus costas los primeros legionarios de Roma. Al cabo de tres siglos, la *etnos ibérica* había desaparecido, como casi todas las de la Europa occidental, entre los pliegues de la civilización romana. Un trozo lo habían unido á la Hispania, el otro á la Galia.

Pero bajo el peso de la dominación romana, el espíritu de las viejas nacionalidades latía con fuerza, la unidad romana sólo existía por encima; por dentro, la variedad de los pueblos perduraba como siempre. La civilización y el imperio de Roma habían tapado las almas de las naciones dominadas, pero no habían podido ahogarlas, y todas, cada una en su casa, trabajaban por infiltrarse en los elementos que le había impuesto la ciudad romana para transformarlos, de acuerdo con las propias necesidades, para amoldarlos al propio carácter y al propio temperamento, y un día, después de siglos de trabajo no interrumpido, cuando ya el poder político de Roma había saltado hecho pedazos, salieron á la luz de la historia los viejos pueblos soterrados, cada uno hablando su lengua, y la vieja *etnos ibérica*, la primera, hizo resonar los acentos de la lengua catalana desde Murcia á la Provenza, desde el Mediterráneo al mar de Aquitania. Ligurios, gaélicos y tarte-sios, griegos y fenicios, cartagineses y romanos, no habían hecho retroceder un solo palmo de tierra á nuestro pueblo. Las fronteras de la lengua catalana eran las mismas que señaló á la *etnos ibérica*, el

más antiguo de los exploradores historiográficos.

Ese hecho, esa transformación de la civilización latina en civilización catalana, es un hecho que, por sí solo, sin necesidad de ningún otro, demuestra la existencia del espíritu nacional catalán. Aunque después de engendrar la lengua catalana no hubiese producido nada más, el alma de nuestro pueblo nos habría ya revelado las líneas fundamentales de su fisonomía, estampadas en la fisonomía de su lengua.

Pero por más que nunca la unidad del poder político haya concentrado las energías nacionales dirigiéndolas al cumplimiento de los ideales colectivos, el espíritu nacional de la gente catalana ha dejado siempre rastro de su existencia en todas las épocas de la historia, se ha manifestado en otros hechos que en conjunto forman otra prueba incontestable de la individualidad de la nación catalana.

Los que han recogido y estudiado las viejas monedas de la antigüedad pre-romana, se han dado cuenta en seguida de que las de la parte de levante de España y meridional de Francia, formaban un grupo aparte, caracterizado, entre otras cosas, por cier-

tas particularidades del alfabeto, y aun cuando esta ley de investigación esté muy atrasada, algunos observadores han descubierto ya en las leyendas las pruebas de una variedad fonética, de una fonética especial que en las particularidades que le son conocidas, coinciden —hecho admirable, pero lógico— con la fonética de la lengua catalana.

Aun cuando no constituyera ninguna unidad política, la ciudad de Ampurias, con la fuerza de atracción propia de las grandes capitales, se había constituido en centro de numerosas comarcas. Pues bien, el rastro de su influencia lo ha encontrado la arqueología, casi siempre, dentro de las fronteras de la *etnos ibérica*, y en el primer tratado entre Roma y Cartago se fijó el límite sur de Roma y sus aliadas, entre las cuales estaba Ampurias, hacia tierras de Murcia, límite sur de la lengua catalana.

Y este germen incipiente de una acción política común, se encuentra más tarde en la sublevación de Gilderico, y en la de Paulus para coronarse en Narbona rey de Oriente, en los mismos orígenes de la formación del reino visigótico con la capitalidad de Tolosa y de Barcelonat en la coope-

ración á la obra de expulsión de los sarracenos, en la política de los Condes de la Casa de Barcelona hasta Pedro II, el de la batalla de Muret.

La unidad de cultura se manifestó de una manera esplendorosa. La poesía de los trovadores, aun con el convencionalismo propio de toda lengua cortesana, fué un bello florecer del espíritu de un gran pueblo; los sonidos de aquella lengua artificiosa hecha con *mots triats*, entre los diferentes dialectos de nuestro idioma nacional, se hicieron oír en todas las cortes del Occidente y del Mediodía y despertaron la inspiración poética en el alma de todas las naciones que los escucharon.

La unidad del ideal artístico de nuestra nacionalidad, fué á encarnarse también en el naturalismo severísimo, sencillo y bien proporcionado del arte románico, que es el arte de nuestro pueblo, el que más ha florecido en todos los países de lengua catalana: como aparece también en el aire especial, en la fisonomía bien nuestra de la arquitectura gótica que, venida de tierras del Norte, no arraigó entre nosotros, sino después de amoldarse á las exigencias del genio de nuestra raza.

La existencia de ese espíritu nacional, se manifiesta, asimismo, en la unidad de vida económica. Todas las regiones de lengua catalana, tanto las que vivían bajo el gobierno de los reyes de Aragón, como las que dependían de la Casa de Francia, eran países esencialmente mercantiles, la industria era en todas ellas una función económica secundaria: tanto es así, que las regiones sometidas á Francia, se encontraron, en seguida, en lucha abierta con el industrialismo de los países del Norte, de la Francia propiamente dicha, dando origen á la primera batalla de que hace mención la historia entre la protección y el libre cambio, fórmula de la oposición de los intereses económicos de los dos pueblos.

¿Queréis más pruebas todavía? Os daré, para terminar, una que vale por muchas. Con todo y con que en el derecho las determinaciones arbitrarias de la voluntad humana y las influencias exóticas y las necesidades del momento y del caso y del lugar concreto y determinado ejercieron una grandísima influencia, con todo y con que en los países de lengua catalana no ha habido siempre un solo poder legislativo, sino numerosas soberanías, políticas; á pesar de

todo eso, en el fondo de la vida jurídica desarrollada en las tierras de lengua catalana, se encuentra una unidad fundamental de sistema jurídico.

En las raíces de toda la variedad de leyes y prácticas consuetudinarias sobre la vida jurídica civil, se encuentran los dos grandes principios siguientes: primero, la concepción de la libertad individual de que es expresión el aforismo jurídico popular *tractes rompen lleys* (pactos quiebran leyes), que hace al pueblo legislador de sí mismo por medio de la repetición de actos, por medio de la costumbre; después, el reconocimiento del gran valor social del patrimonio familiar, el culto de la casa, una especie de religión del hogar.

La vida política viene informada también por dos principios fundamentales: de una parte, el principio de la libertad política más amplia que se manifiesta en la constitución de las Cortes, en la doctrina del pacto fundamental entre el soberano y el pueblo, en la representación de intereses llevada al extremo de conceder muchas veces voto electoral á las mujeres, en la especial constitución del régimen municipal; de otra parte, el respeto á las jerarquías sociales;

es decir, una invencible repugnancia por el igualitarismo. Consecuencia de los dos: un individualismo que imposibilitó a los países de lengua catalana el constituirse en unidad política nacional y los hizo caer en gran parte bajo el dominio de otro pueblo.

Esa gran unidad jurídica es tan clara, que todos los historiadores franceses del derecho, han de comenzar por la división fundamental entre los países de derecho escrito y los países de derecho consuetudinario, entre el Norte lleno de desorden—son palabras de un francés, Thierry—y el Mediodía más civilizado, más próspero, gobernado menos directamente, con más libertad, más equidad en el derecho, menos desigualdad de condiciones personales. Ahora bien; las fronteras de esas dos grandes unidades políticas, pasan precisamente por donde pasan las lindes de la lengua catalana y la francesa.

Después de esto, no tengo que añadir ni una palabra más: si existe un espíritu colectivo, un alma social catalana que ha sabido crear una lengua, un derecho, un arte catalanes, he dicho todo lo que quería decir, he demostrado lo que quería demostrar: esto es, que existe una NACIONALIDAD CATALANA.

CAPÍTULO VIII

EL NACIONALISMO POLÍTICO

Consecuencia del hecho de la nacionalidad.—Nacionalismo y pan-nacionalismo.—A cada Nación, un Estado: objeción.—La evolución del Estado.—Antinomia aparente entre el nacionalismo y el universalismo ó mundialismo.—Se resuelve en el Estado compuesto, ó federación de Estados nacionales.—Caracteres de la organización federal.—Su misión histórica.—Cuándo es una forma transitoria para conducir á la unidad.—Estado catalán y federación española.

SIENDO la nacionalidad una unidad de cultura, un alma colectiva, con un sentir, un pesar y un querer propios, cada nacionalidad ha de tener la facultad de acomodar su conducta colectiva, es decir, su política, á su sentimiento de las cosas, á su sentido, á su libre voluntad. Cada nacionalidad ha de tener su Estado.

El Estado, extiende sus raíces en las entrañas mismas de la nacionalidad, se nutre de su savia, vive de su vida, hace suyas sus ideas, se apropia sus prejuicios, sus tendencias, hasta sus errores: adopta

sus sentimientos, se inspira en sus pensamientos, se conduce en todas las esferas de la actividad, siguiendo los misteriosos é inevitables impulsos de las tradiciones que los siglos han acumulado en las regiones del espíritu colectivo en que lo inconsciente impera, en que yacen enterradas las semillas y principios de todas las sectas, de todas las determinaciones colectivas. El estado, pues, viene á ser como un organismo, como una parte viviente de la nacionalidad: por eso no puede pertenecer á dos nacionalidades diferentes, como un mismo corazón no puede latir en dos pechos á la vez, como un mismo cerebro no puede servir de instrumento de la vida anímica de dos hombres diferentes.

Es más: cada nacionalidad, ha de tener un solo Estado que traduzca en acción y conducta las inspiraciones colectivas. En la antigüedad pre-romana, en los tiempos del Estado-ciudad, cada Nación estaba dividida en multitud de Estados. En la época de fraccionamiento del feudalismo, porciones de principado y de señorío, surcaban, aquí y allá, el cuerpo vivo de la nacionalidad. No estaban las naciones sujetas al Estado de otra Nación, disfrutaban de plena auto-

nomía. El Estado de cada ciudad ó señorío, era indígena, era miembro vivo de la nación, como la misma ciudad ó el mismo señorío. Pero los pueblos conscientes de su unidad, no se contentan con esto: quieren que las fronteras de su Estado, pasen precisamente por donde pasan las divisiones milenarias de las nacionalidades. Por eso las ciudades griegas, buscaban con continuos tanteos, el camino de la unidad política: por eso las ciudades de la Alemania feudal, suspiraban por alzar un solo Estado por encima de la multitud de Estados germánicos de entonces, y el poeta cantaba: «yo no soy de Baviera, yo no soy de Prusia. No soy de Sajonia. Mi Patria es más grande».

La aspiración de un pueblo á tener política propia, á tener un Estado suyo, es la fórmula política del *nacionalismo*. La aspiración á que todos los territorios de la misma nacionalidad se agrupen bajo la dirección de un Estado único, es la política ó tendencia *pan-nacionalista*. Pangermanismo, panhelenismo, paneslavismo, son los nombres con que se ha bautizado la aspiración á hacer entrar dentro de las lindes del Estado alemán, del Estado griego, del Estado

ruso, todos los territorios de cultura germánica, helénica ó eslava.

A cada Nación, un Estado: esta es la fórmula sintética del nacionalismo político, este es el hecho jurídico, que ha de corresponder al hecho social de la nacionalidad.

Una objeción se presenta aquí, que mil veces se ha hecho al movimiento catalanista, y se hace en todas partes á los movimientos semejantes: la de ir hacia atrás, de volver á los Estados pequeños, de deshacer el camino de la historia, retrocediendo al clan, á la tribu, al feudalismo. Esto proviene de que la gran mayoría de los Estados actuales gobiernan dos ó más nacionalidades; si los Estados han de ser nacionales, si para cada Nación ha de haber un Estado, se habrán de deshacer, de desmenuzar, casi todas las potencias, y la tierra se llenará de Estados pequeños, como Portugal, como Grecia, como Holanda. Y esto sería una regresión.

Pero yo no sé que tenga nada que ver la tribu ni el feudalismo, con las dimensiones de los Estados. La extensión del territorio de la tribu, es el más pequeño de los elementos que determinan su Estado social. Atenas, con el mismo territorio de una tri-

bu, creó una cultura que todavía nutre las generaciones modernas. La *Civitas romana*, es decir, la república romana, no era mucho más grande que una tribu, y su impulso, sus obras, todavía nos gobiernan. Tampoco entiendo cómo el feudalismo pueda estar ligado con la medida de los Estados. No sé que pueda haber de feudalismo en Bélgica, más que en Rusia, ni en Suiza más que en la inmensa república Norteamericana. Decir esto, pues, no es decir nada.

Ahora, que deshacer sistemáticamente las grandes unidades modernas, es obra regresiva, no puede ponerse en duda. La observación de las transformaciones del Estado, desde las más remotas centurias hasta hoy, demuestra que la tendencia de la civilización ha sido pasar siempre de unidades sociales rudimentarias, á unidades más vastas, más complejas: del Estado que sólo regía á la familia patriarcal, al que comprendía varias familias originarias de un mismo tronco; del Estado clan, al Estado que contenía varios clanes, al Estado tribu; de éste al Estado ciudad; del Estado ciudad al Estado feudal que se extiende sobre una provincia ó sobre varias; del Es-

tado feudal al Estado reino, al Estado moderno que impera sobre diversas naciones.

Según esta ley de la historia, el mundo ha de encaminarse á hacer Estados más complejos, más grandes cada día, hasta llegar al Estado-Raza, al Estado-Continente y después, á la meta final, al Estado-Universo, al Estado-Humanidad.

Aun hay más. Hoy tocamos ya en esta etapa primera de nuevas formaciones políticas. Una nueva forma de Estado surge sobre la tierra: el Estado-Mundial, el Estado-Imperio. Ante nuestros ojos, van abriéndose grandes potencias mundiales, con la planta puesta en todos los mares y todos los continentes. Unos cuantos Estados mandan en la tierra. Parece que, súbitamente, sin pasar por el Estado-Raza, ni por el Estado-Continente, el mundo se esfuerza por comenzar la gestación del Estado-Humanidad, del *Imperium Mundi*: utopia de soñadores ayer, hoy ya ideal entrevisto en las lejanas nebulosas del porvenir.

Pero si esto es verdad que en nada puede contradecirse, también lo es y verdad primaria, fundamental, que la ley de la estructura natural de la sociedad humana universal es la ley de las nacionalidades:

que el hecho de las nacionalidades es tan viejo como el recuerdo del mundo perpetuado por la historia: que la nacionalidad es sociedad integral, natural, espontánea, superior á la voluntad de los hombres, superior á la voluntad de los poderes públicos, resistente á todo género de adversidades, triunfadora de todos los obstáculos por grandes, por inmensos, por invencibles que sean: que afirmándose sobre las hondas capas de granito incommovible, ve caer y pasar por encima de ella imperios y civilizaciones, de siglo en siglo, sin perder su ser, sin mudar de substancia, siendo siempre ella misma.

Así es como se explica un fenómeno muy significativo del crecimiento del Estado. Mientras la evolución progresiva del Estado se hizo dentro de la nacionalidad, ningún obstáculo la detuvo ni la desvió. Se pasó del Estado familiar al clan, del clan á la tribu y á la ciudad sin retrocesos: una vez conseguida la forma política superior, ya no se descendió jamás á ninguna inferior. En cambio, cuando se pasó de la ciudad al Reino ó al Imperio, vienen siempre, en todos los tiempos y en todas las civilizaciones, vacilaciones y retrocesos. No vamos á bus-

car el Oriente, tierra de los grandes imperios, que crecen hasta tocar el cielo, como los cedros del Libano y que los hunde una piedrecilla, no más, rebotando sobre sus pies de barro. Ahí mismo tenemos el imperio de Roma desmenuzado en cien pedazos: ahí tenemos las pequeñas soberanías formadas con sus despojos; reinos, provincias, hasta ciudades, Estados-ciudades, como los de la Liga Hanseática, asomados á los mares brumosos del Norte, como Florencia, como Pisa, como Génova, como Venecia, la esposa del Adriático.

Y del imperio de Roma, pasamos al de Carlomagno, y del de Carlomagno al imperio germánico, más adelante al imperio mundial de Carlos V, y siempre, cuando parece conseguida la plenitud de fuerza, la inmensa construcción se disloca y cae. ¿Por qué? ¿Por qué esta impotencia para consolidar y acrecentar la nueva forma de Estado? ¿Por qué este continuo tejer y destejer de imperios? ¿Por qué hoy mismo en las entrañas de tantos Estados contemporáneos, á pesar de la ley imperiosa de universalidad, á pesar del impulso vigoroso á constituir potencias mundiales crecen conatos de desintegración que, aquí y allá, triun-

tan como en Noruega, como en Hungría?

Porque hasta la ciudad y el principado, el Estado era nacional. Tan griego era el Estado de Atenas, como el de Esparta, tan catalán el Condado de Barcelona, como el de Ampurias. Una sola nacionalidad era substratum de estos Estados: no contenían toda la Nación, pero no contenían tampoco naciones diferentes: la sociedad que estos Estados dirigían era una sociedad homogénea. Con el Estado-Imperio, no. El Estado-Imperio es integrado casi siempre, por dos ó más nacionalidades, la sociedad es heterogénea; si sólo un Estado lo dirige, viene a ser, fatalmente, Estado de una sola nacionalidad, y entonces comienza una dominación: la de la nacionalidad favorecida sobre las demás. Tarde ó temprano se darán cuenta de ello las naciones sometidas y el proceso de desintegración irá preparándose.

La impdición provoca la repulsión. La fuerza que extiende cadenas sobre los pueblos enjendra la fuerza de las revoluciones que las rompen, y aunque el gobierno de una unidad política así constituida, fuese ejemplo de sabia administración, sublevaría la dignidad de los pueblos, sometidos,

como menores, á perpetua tutela. Eso es lo que ha pasado siempre y siempre pasará, porque se trata de sentimientos que arraigan en la conciencia misma del hombre que no cambia nunca. Toda formación política que no respete la personalidad de los pueblos que la componen, está condenada á desaparecer: durará sólo el tiempo que tarde la fuerza de los oprimidos á igualar en una ú otra forma la fuerza de los opresores.

La causa, pues, de tan continuas desintegraciones, el obstáculo que detiene durante siglos el crecimiento del Estado, la rémora que estorba la evolución progresiva de las formas políticas hacia las soluciones universales, es la dominación de una nacionalidad sobre las otras, dentro de los imperios. Quitamos esta causa de disolución, hagamos que las nacionalidades vivan dentro del Estado-Imperio, con los mismos derechos, asociadas en vez de dominadas y sujetas, y acabarán los antagonismos irreductibles, las repulsiones de unas con otras, las incompatibilidades de convivencia, generadoras de todos los separatismos.

Así llegamos de una manera natural á la solución de la antinomia aparente entre el hecho de la nacionalidad que impone Esta-

dos nacionales, y el hecho de la evolución política que sugiere los Estados mundiales, entre el nacionalismo y el mundialismo. No son tendencias que se contradicen, no son aspiraciones incompatibles. Al contrario, se completan, se ayudan mutuamente, la una empuja el triunfo definitivo de la otra, porque una y otra se resuelven en una fórmula suprema de armonía. La exigencia de la nacionalidad de tener un Estado propio, la exigencia del universalismo de constituir Estados mundiales, engendran, como consecuencia natural, la constitución del Estado de Estados, del Estado compuesto ó Federación de Estados nacionales.

Así es como el nacionalismo, imponiendo el respeto á las personalidades nacionales y ensalzando las excelencias de la forma federativa, se convierte en elemento propulsor de universalismo. El nacionalismo quita la causa de los movimientos separatistas, seca la fuente de todas las desintegraciones. El nacionalismo, poniendo como elemento primero de las formaciones de Estados la personalidad de las naciones, realiza en la sociedad internacional una revolución fecunda; consolida, hace indestructibles los fundamentos en que definitivamente ha de constituirse.

Por su parte, el universalismo hará triunfar las aspiraciones nacionalistas. Los grandes pastores de pueblos, irán viendo que no es con la fuerza como harán crecer los rebaños, sino con lazos de hermandad y de mutua conveniencia. La necesidad de consolidar los grandes imperios y de ensancharlos, llevará á los hombres á aprender las lecciones de la experiencia y de la historia, les empujará hacia la organización federativa. Los nombres de Gladstone y de Chamberlain, señalan ya, más ó menos imperfectamente, en la historia contemporánea el advenimiento precursor de esa nueva era.

Acusar, pues, al nacionalismo de ser tendencia regresiva, es no entenderlo, es no comprender su significación: es, de otra parte, vivir en la edad de piedra de la ciencia política, es no saber nada de las diferencias de Estado y Nación, de Estado unitario y de Estado compuesto. Hubo un tiempo en que la confusión era posible, porque la humanidad no conocía otra forma de Estado, que el Estado unitario, ni otro procedimiento de reunir pueblos, que la opresión, la dominación, la esclavitud. Ahora es un anacronismo tan inexplicable confundir la

Nación con el Estado, como no concebir al Estado sin la independencia, que es lo mismo que no concebir otro Estado que el unitario.

Hoy llenan la tierra los Estados compuestos; hoy existen más Estados no independientes, más Estados convivientes en Federación que Estados independientes. Hoy los pueblos que quieren consagrar los derechos de nacionalidad con la posesión de un Estado propio, no por eso han de separarse de los otros pueblos con que les ha unido la historia.

Ahora, pues, queda bien precisada la naturaleza del federalismo, no es una forma absoluta, universal, aplicable siempre al organismo del poder público: es el instrumento de la asociación de las naciones. Allá donde hay nacionalidades que han de hacer vida común, el régimen federativo tiene natural aplicación: el Estado federal, asociación de los Estados nacionales, es el organismo jurídico de la nueva formación política. No es de aplicar, por consiguiente, a todos los países, grandes y chicos, homogéneos y heterogéneos, a Rusia igual que a Grecia, a Portugal lo mismo que a la Gran Bretaña: sino en los imperios ó reinos integrados por dos ó mas nacionalidades.



Pero además de este valor absoluto de organismo jurídico de la asociación de naciones, la forma federativa ha tenido en la historia una función excelsa, que vista parcialmente por los unitaristas, ha sido ocasión de un argumento contra el federalismo. Tanto como las luchas de los Estados, la forma federativa ha contribuido al crecimiento de las sociedades humanas. La tribu fué, al principio, una federación de clanes, la civitas una federación de tribus, el reino una federación de ciudades. Pero tan pronto como cada grado de estas sucesivas federaciones se hallaba ya constituido, comenzaba el proceso de absorción de los poderes de las sociedades federadas por las invasiones sucesivas del poder central de la federación hasta convertir ésta en Estado unitario. Hoy mismo en Alemania, igual que en los Estados Unidos, el poder central tiende, aunque muy suavemente, á ensanchar el círculo de su acción en perjuicio del poder de los Estados federados. El federalismo aparece así como una especie de puente que conduce al Estado unitario, como una especie de escabel ó andamiaje de la formación política unitaria.

Pero cuando de esto hacen un argumento

en contra del federalismo los defensores del unitarismo, no se dan cuenta de que esta tendencia centralizadora que consideran contraria á las aspiraciones nacionalistas, es una manifestación de nacionalismo: se presenta cuando la federación une territorios, antes separados, de una misma nacionalidad. El federalismo germánico como el yanki, no asocian naciones diferentes, sino Estados de una misma nacionalidad, lo mismo que el federalismo aplicado á los cianes y á las tribus y á las ciudades. Es natural, entonces, que el espíritu nacional, que la tendencia pan-nacionalista, con el andamiaje del federalismo, constituye el Estado nacional unitario. Porque el federalismo es una fórmula de asociación, de unión, y cuando hay una sola personalidad natural, una sola nacionalidad, falta el elemento esencial del federalismo: la pluralidad de naciones á asociar en una forma superior de solidaridad.

Consecuencia de toda la doctrina aquí expuesta, es la reivindicación de un Estado catalán en unión federativa con los Estados de las otras nacionalidades de España. Del hecho de la nacionalidad catalana, nace el derecho á la constitución de su Estado pro-

pio, de un *Estado catalán*. Del hecho de la actual unidad política de España, del hecho de la convivencia secular de varios pueblos, nace un elemento de unidad de comunidad que los pueblos unidos han de mantener y consolidar: de aquí el *Estado compuesto*.

Estos dos hechos primarios, fundamentales, el de la personalidad nacional de Cataluña y el de la unidad de España, fortalecidos por dos leyes correlativas, la de la libertad que implica la autonomía y espontaneidad sociales, la de la universalidad que lleva á la constitución de potencias mundiales, se resuelven en una fórmula de armonía que es la *Federación Española*.

Así, el nacionalismo catalán, que nunca ha sido separatista, que siempre ha sentido la unión fraternal de las nacionalidades ibéricas dentro de la organización federativa, es aspiración levantada de un pueblo, que con conciencia de su derecho y de su fuerza, marcha con paso seguro por el camino de los grandes ideales progresivos de la humanidad.

CAPÍTULO IX

EL IMPERIALISMO

Es un grado de la evolución nacionalista.—Los grandes imperialistas son fervorosos nacionalistas.—Emerson.—El imperialismo de Roosevelt.—Formas de imperialismo.—Elementos esenciales del imperialismo.—El nacionalismo haciéndose imperialismo.

EL pueblo romano daba á todos sus magistrados, de cualquier orden que fuesen, el *imperium*, es decir, la facultad de imponer por la fuerza sus decretos. La idea de fuerza era tan esencial á la noción de *imperium*, que el poder militar fué el *imperium* por excelencia, y el magistrado único que por reunión de las viejas magistraturas concentró toda la potestad, toda la fuerza de la autoridad pública, Roma lo llamó emperador, *imperator*.

Inglaterra, maestra como Roma en el arte de gobernar, ha ensalzado con el ejemplo, tanto como con la palabra encendida de sus

grandes hombres, algo que la voz contemporánea ha bautizado de imperialismo.

¿Qué es el imperialismo? ¿Es la negación del nacionalismo, como algunos han pensado? ¿Es el principio contrario del principio nacionalista? ¿Son el nacionalismo y el imperialismo dos tendencias en lucha, ora triunfando, ora retrocediendo una frente á otra?

Esta concepción del imperialismo, proviene de mirarse desde fuera el tejer y destejer imperios á que el mundo se ha dedicado desde la época de las ciudades. Ha habido lucha, ciertamente: tan pronto crecen los imperios como la espuma, tan pronto caen, y sobre sus ruinas se alzan nuevas soberanías. Pero la lucha, ya lo hemos visto antes, es lucha entre nacionalidades. La oposición, es oposición entre nacionalidades: entre la nacionalidad que manda, la que tiene el *imperium* y las nacionalidades oprimidas.

Imperialismo es la aspiración á constituir el Estado-Imperio, á reunir un rebaño de naciones bajo el poder de un solo pastor. Si la reunión ha de hacerse por la fuerza de la conquista violenta, el imperialismo no será nada nuevo, será algo tan viejo como el mundo. Cuanto más retrocediéramos en la historia, más imperialismo encontra-

ríamos. Si el Estado-Imperio ha de constituirse por la voluntaria adhesión de las naciones unidas, entonces es el Imperio Federal, ideal de las aspiraciones nacionalistas, resultado de la armonía de las corrientes nacionalistas y universalistas. Esto es ya ciertamente imperialismo, pero no es todavía el imperialismo.

El imperialismo es el período triunfal de un nacionalismo: del nacionalismo de un gran pueblo. Esta es la verdadera substancia del imperialismo. Por eso los maestros de imperialismo, son nacionalistas fervorosos.

No puedo leer á Emerson, el filósofo de las gentes norteamericanas, sin sentir sus palabras, vibrante de salvaje individualismo, como otras tantas fórmulas vivas de nacionalismo, de imperialismo. Él habla al hombre, pero yo estas palabras tuyas las siento dirigidas á los pueblos, á las razas, vibran dentro de mí, con acentos de apostolado colectivo, de apostolado de las naciones. No con formas literales ni con acotaciones al pie, sino con la impresión viva que han despertado en mi espíritu, he de recordarlas.

Sé tu mismo. No imites, no busques en los otros, busca dentro de tí. No te amoldes á

los demás, haz que los demás se amolden á ti. Sé ley y señor de ti mismo. Allá donde tú estés, está el eje de la tierra: así pensaban los que hicieron á Grecia, los que han hecho á Inglaterra. Piensa que tú eres el centro de las cosas, que todas las cosas son para ti; que la verdad que tú encuentras dentro de tu corazón, es la verdad para todo el mundo; que las fórmulas de civilización que tú adoptas, son las que todo el mundo ha de seguir y adoptar. Es decir, sé tu mismo y para ti mismo y serán tributarios de tu «yo» los que no son ellos ni son para ellos.

Roosevelt, encarnación integral del genio americano, pone hitos de justicia y de bondad á las fórmulas absolutas de Emerson. Roosevelt que no vive dentro de la barraca, sino al aire libre de su pueblo, no lo dice como Emerson: aquello que tienes fuerza para hacer, tienes derecho de hacerlo. La acción de los grandes hombres ha de ejercerse en el sentido del bien. El éxito conseguido por medios indignos, es una cosa vergonzosa. La gran ley de la justicia ha de existir de hombre á hombre y de nación á nación. Si el hombre fuerte no siente el impulso hacia las cosas elevadas, su fuer-

za es una maldición para él y para todo el mundo. El especulador sin conciencia, que acumula millones con procedimientos reprobables, es peor que el asesino ó el ladrón vulgar. El gran agitador de las masas que las remueve con palabras incendiarias, con falsas é irrealizables promesas, es un enemigo de su tierra. La gran fuerza personal de estos hombres, es una fuerza destructora.

Después de la ley del bien, la ley del patriotismo. El amor patrio es una virtud fundamental. El exclusivismo contra el extranjero es tan antipático como el cosmopolitismo. Seamos americanos. Eduquémonos en América y á la americana. Nada de europeizarse. Nada de conservar, como algunos, ante Europa un espíritu de dependencia colonial. Trabajemos con independencia. Aprovechemos la experiencia de todos los pueblos pero pensemos, sintamos y obremos, vivamos y muramos únicamente como americanos. El crimen más grande de un hombre, es faltar á su nación. Los grandes estadistas de América, son los que creyeron siempre en su tierra, los que tuvieron fe en que llegaría á ser el pueblo más poderoso del mundo.

Después, la ley de la civilización. Los

pueblos civilizados ó en camino de llegar por su propio esfuerzo á plenitud de civilización, tienen derecho á desarrollarse en conformidad á las propias tendencias, es decir, con autonomía. Los pueblos bárbaros, los que van en sentido contrario á la civilización, deben ser sometidos de grado ó por fuerza á la dirección y al poder de las naciones civilizadas. Las potencias cultas, tienen el deber de expansionarse sobre las poblaciones atrasadas. Francia imponiendo su autoridad á Argelia, Inglaterra á Egipto, Rusia á los Kamotos han sustituido la ley y el orden de justicia á la lucha bárbara y degradante que en esos pueblos imperaba. La ganancia ha sido mayor para la civilización y para esas tierras desgraciadas, que para los pueblos que las han intervenido. Los que hacían versos al Madhi contra Inglaterra, á Aguinaldo contra los americanos, ó bien odas á Argel y á sus piratas, en lucha con Francia, son pobres de espíritu que no saben ver la altísima misión educadora de la humanidad que ejercen las naciones civilizadas en esas costosas empresas. Patriotismo y expansión, han menester en la sociedad internacional de hoy, la ayuda de la guerra. No hay nada tan abomina-

ble como una guerra injusta, sino una paz comprada con una cobardía ó con una iniquidad. La paz de Europa, conseguida con la tolerancia de la degollación de armenios, es una gran vergüenza. Pobre humanidad si hubiera de vivir el evangelio de la paz de los Tolstoi. La preparación para la guerra, es la garantía más sólida de la paz. La guerra que somete á los pueblos bárbaros á los civilizados, es una obra de paz y de civilización. Una nación que no sabe defender sus derechos con las armas, no puede sostener ni ejercer en el mundo ninguna misión progresiva.

Todo el imperialismo está aquí. Imperialismo es fuerza de civilización que rebosa de un pueblo de vida nacional intensa, sobre los demás

Dominar por la fuerza material, por la violencia, por la ambición de dominar pueblos y tierras, es el imperialismo salvaje de Oriente.

Dominar por la sola fuerza de la civilización, de la cultura, es el imperialismo sano y fecundo, pero incompleto de Grecia.

Dominar por la fuerza de la cultura, servida y sostenida por la fuerza material, es el imperialismo moderno, el imperialismo integral, el de las grandes razas fuertes de ahora.

Cultura nacional intensa, interés general de civilización, fuerza suficiente para sostener una y otra, son los elementos esenciales del imperialismo.

Es, pues, el imperialismo un aspecto del nacionalismo, un momento de la acción nacionalista: el momento que sigue ⁽¹⁾ al de la plenitud de la vida interior, cuando la fuerza interna de la nacionalidad acumulada, irradia, se sale de madre, anega y fecunda las llanuras que la rodean.

Lo primero de todo, es ser: ser uno mismo y no otro, vivir la propia vida y no una vida prestada. Moverse por propio impulso, actuar las propias idealizaciones. No recibir la ley de fuera, sacarla de las propias entrañas, ser ley de sí mismo. Esta acción es la primera etapa de todo nacionalismo. Todas las nacionalidades grandes y pequeñas, poderosas y humildes, pueden aspirar a llegar á ello.

Después viene el hacer de esta vida propia, una vida intensa, original, fuerte. Elevar la vida nacional á fórmulas y camino de una empresa de civilización, de un interés

(1) La sucesión no es cronológica: primero es lo uno, después viene lo otro, pero una vez comenzada, su acción sigue simultáneamente, paralelamente.

de humanidad; encarnar en la actividad nacional un momento de la civilización universal. Grecia, al crear la cultura griega, dió á la humanidad toda una civilización. Fenicia tuvo también su hora esplendorosa: la exploración del mundo antiguo, fué su obra nacional y una empresa de civilización universal á la vez. Roma se hizo gran civilizadora procreando pueblos como Inglaterra. Es la segunda etapa nacionalista, la del imperialismo.

Esto no es dable á todas las naciones. No todos los nacionalismos pueden llegar al gran momento del florecimiento imperialista. Hay naciones que no pueden salir de una modesta vida interior, que no pueden realizar grandes cosas. Así como entre los individuos, sólo algunos llegan á conseguir la plenitud de vida individual, que hace á los grandes hombres, asimismo sólo algunas naciones consiguen en cada edad la plenitud de fuerza nacional que hace á las grandes naciones, las naciones que guían á las otras, las *naciones-imperio*.

Pero sino todos los nacionalismos llegan, todos van y todos se acercan allá. La gradación de naciones frente al imperialismo triunfal, es tan rica y compleja, como la

gradación de talentos hacia el genio. Nacionalismo es vida nacional, inflamada de un ideal, es deseo de vida propia, y esto es ya un principio de imperio; y esto, sobre todo, es ya el ambiente, el aire tibio y amoroso, la primavera fogosa que fecunda las esplendorosas floescencias de las naciones. Que un nacionalismo encuentre condiciones externas favorables y el pueblo humilde, amenazado, menospreciado, perdido en las brumas del norte, como Inglaterra, en miserables costas como Fenicia, en los valles y cerros pelados de la Helada, como Grecia, crecerá en fuerza nacional hasta ser la Fenicia dueña del comercio del mundo, la Grecia triunfal de Homero, de Platón y Aristóteles, de Sófocles y Praxiteles, de Pericles y Alejandro: la Inglaterra, señora de los mares y de los continentes.

No lo olviden los pueblos humildes, y el hecho de no haber volado todavía no lo conviertan en motivo de aislamiento, de encogimiento. Llenen el corazón de ideal, enciendan dentro del alma el fuego de la confianza en su venturoso porvenir, y déjense crecer poco á poco las alas, que un día ú otro les llegará la hora de elevarse.

CAPÍTULO X

CONCLUSIÓN

*Amortiguamiento de Cataluña.—Renacimiento.—Industria-
lismo.—Provincialismo.—Regionalismo.—Nacionalismo.
—Comienzo de la etapa imperialista.—I.ª Federación
Ibérica.*

CATALUÑA, empobrecida por la decadencia del Mediterráneo, combatida por el Renacimiento, por la omnipotencia de la monarquía absoluta, por todas las grandes corrientes universales entonces dominantes, se convirtió en provincia. Perdida en un rincón de España, vegetó con vida pobre y miserable, lejos del poder, lejos de los nuevos ideales, lejos de las grandes empresas nacionales y extranjeras.

Cambiaron de orientación las cosas del mundo y Cataluña se reanimó, volvió en sí, primero corrió tras la riqueza. Que la dejasen trabajar, que no la distrajeran de su labor era todo lo que pedía.

Después empezó á preguntarse qué era, de dónde venía, adónde marchaba. De industria no la había en ningún otro sitio de España. Su habla materna tampoco era el hablar común de España. Las leyes civiles de la familia catalana, eran muy diferentes del *derecho común*, del *derecho patrio*. Aquí y allá, otras costumbres, supervivencias de instituciones ignoradas, marcaban otras excepciones, otras separaciones del régimen general. Conservar como reliquias muertas estas especialidades, conservar como cosa viva y creciente la prosperidad económica, es el ideal que concentró todas las energías públicas de nuestra tierra con exclusión de todas las otras nacionales y universales. Este fué el provincialismo de Cataluña.

La lengua materna no era un *patois* en descomposición. Al llegar la hora de despertar las viejas hablas populares, la lengua catalana se alzó, sincera, fuerte, plena de vida renovada y emprendió la larga reconquista de la cultura catalana. El derecho catalán no era un fósil, una variedad arqueológica, sino ley familiar viva de nuestro pueblo, fuente de prosperidad, de bienestar, de progreso público. No era fuero ó privilegio, excepción de la legislación común

ni el catalán modalidad de la lengua nacional. La lengua catalana tenía gloriosa historia: la habían hablado y escrito reyes y conquistadores, sabios y apóstoles, poetas y legisladores. El régimen civil especial, era derecho civil completo, parte del vasto organismo jurídico integral de Cataluña. Restaurar la lengua, mantener el derecho, conservar la riqueza, fueron las tres funciones esenciales del regionalismo. Lo que pasaba en España, lo que pasaba en el mundo, sólo era considerado en relación con la influencia que respecto de este ideal pudiese ejercer.

Todo esto era ya nacionalismo, aunque espontáneo, nebuloso, indefinido. El derecho a la lengua catalana, el derecho a la legislación civil propia, los fundaban en los beneficios que esos elementos producían, en la dificultad de sustituirlos, en los títulos de honor del pasado. Pero, poco a poco, el estudio del propio ser y su comparación con las otras sociedades humanas, dan a Cataluña conciencia de su personalidad, y en esta personalidad es donde fundamenta el derecho a todos los elementos de su ser nacional y el derecho a un Estado propio para dirigirlo.

Va siguiendo el proceso nacionalista: no

se ha conquistado el Estado, el derecho y la lengua, no hemos conseguido la plenitud de expansión interior, pero ya el nacionalismo catalán ha comenzado la segunda función de todos los nacionalismos, la función de influencia exterior, la función imperialista.

El arte, la literatura, las concepciones jurídicas, el ideal político y económico de Cataluña, han iniciado la obra exterior, la penetración pacífica de España, la transfusión á las demás nacionalidades españolas y al genio del Estado que los gobierna.

El criterio económico de los catalanes en las cuestiones arancelarias, hace años que ha triunfado. El arte catalán comienza como la literatura á irradiar por toda España. Nuestro pensamiento político ha emprendido su lucha con las concepciones dominantes, y los primeros combates hacen augurar muy próxima la victoria. Si el ideal complejo que enciende en nueva é intensa vida todas las energías catalanas, si el nacionalismo integral de Cataluña va adelante en esta empresa y consigue despertar, con su impulso y su ejemplo, las fuerzas dormidas de todos los pueblos españoles, si puede inspirar á estos pueblos fe en sí mismos y en su porvenir, se alzarán de su actual de-

cadencia y el nacionalismo catalán habrá dado cumplimiento á su primera acción imperialista.

Entonces será hora de trabajar para reunir á todos los pueblos ibéricos, desde Lisboa al Ródano dentro de un solo Estado, de un solo Imperio; y si las nacionalidades españolas renacientes saben hacer triunfar ese ideal, saben imponerlo como la Prusia de Bismarck impuso el ideal del imperialismo germánico, podrá la nueva Iberia elevarse al grado supremo de imperialismo: podrá intervenir activamente en el gobierno del mundo con las otras potencias mundiales, podrá otra vez expansionarse sobre las tierras bárbaras y servir los altos intereses de la humanidad guiando hacia la civilización á los pueblos rezagados é incultos.



TABLA ONOMÁSTICA

- Aguinaldo, Emilio: pág. 130.
Aldavert, Pedro: 59.
Alejandro el Grande: 134.
Almirall, Valentín: 28, 29 y 35.
Aristóteles: 74 y 134.
Avienus: 99.
Balmes, Jaime: 18 y 35.
Ben Jaldum: 74.
Bentham, Jeremías: 74.
Bismarck: 139.
Boscan, Juan: 6.
Cadmo: 68.
Carlomagno: 116.
Carlos V: 116.
Chamberlain: 120.
Chateaubriand: 78.
Colón: 10.
Comte, Augusto: 88.
Conde de Urgell: 58.
Condillac: 74.
Coroleu, José: 29 y 51.
Crispi: 55.
Cuyas: 82.
Durán y Bas: 44.
Durán y Ventosa: 53, 59, 60 y 61.
Egidio Romano: 74.
Emerson, Waldo: 127.
Eurípides: 93.
Europa (personaje mitológico): 68.
Felipe II: 10.
Felipe V: 2 y 14.
Fellu de la Peña: 6.

- Fernando el Católico: 10.
Fichte, Juan Teófilo: 88.
Gall, Juan: 79.
Gallissá, Antonio María: 59.
Gilderico: 103.
Gladstone: 120.
Guimerá, Angel: 40.
Hecateo: 65.
Herbart: 90.
Herder: 74, 78 y 81.
Herodoto: 65.
Homero: 93.
Huarte: 74.
Hugo, Gustavo: 82.
Inacos de Arcos (mitolog(a)): 68.
Io (mitolog(a)): 68.
Ixart, José: 35.
Jaime I de Aragón: 38.
Krause, Carlos Federico: 88.
Lanuza, Juan de: 10.
Leibnitz: 86.
La Play: 44.
Lilienfeld: 88.
Locke: 74.
Lysias: 93.
Madhi: 130.
Maistre, Conde de: 87.
Mañé y Flaquer, Juan: 9.
Meda: 68.
Milciades: 83.
Moliné y Brasés, Ernesto: 59.
Montesquieu, Barón de: 74.
Muntaner, Ramón: 26.
Muntañola, Pedro: 57.

- Napoleón I: 94.
 Niebhur, Jorge: 82.
 Odysse-Barot, Francisco: 76.
 Paulus: 103.
 Pella y Forgas: 29 y 51.
 Pedro II de Aragón: 104.
 Pericles: 93.
 Permanyer y Tuyet, Francisco: 44:
 Picó y Campamar, Ramón: 51.
 Píndaro: 93.
 Platón: 93.
 Praxíteles: 134.
 Pujades, Jerónimo: 6.
 Puig y Cadafalch, José: 53 y 59.
 Roosevelt, Teodoro: 128.
 Rubio y Lluch, Antonio: 51.
 San Agustín: 33.
 Savigny: 82.
 Schäfle: 88.
 Schelling, Federico: 87.
 Skylax de Carianda: 67.
 Skymno de Chio: 100.
 Sócrates: 93.
 Sófocles: 93.
 Spencer, Heriberto: 88.
 Strabón: 67.
 Taine, Hipólito: 54.
 Thierry, Agustín: 78 y 107.
 Tolstoy, Conde León: 131.
 Torrás y Bages, José: 47.
 Verdaguer, Jacinto: 9.
 Vico, Juan B.: 82.
-